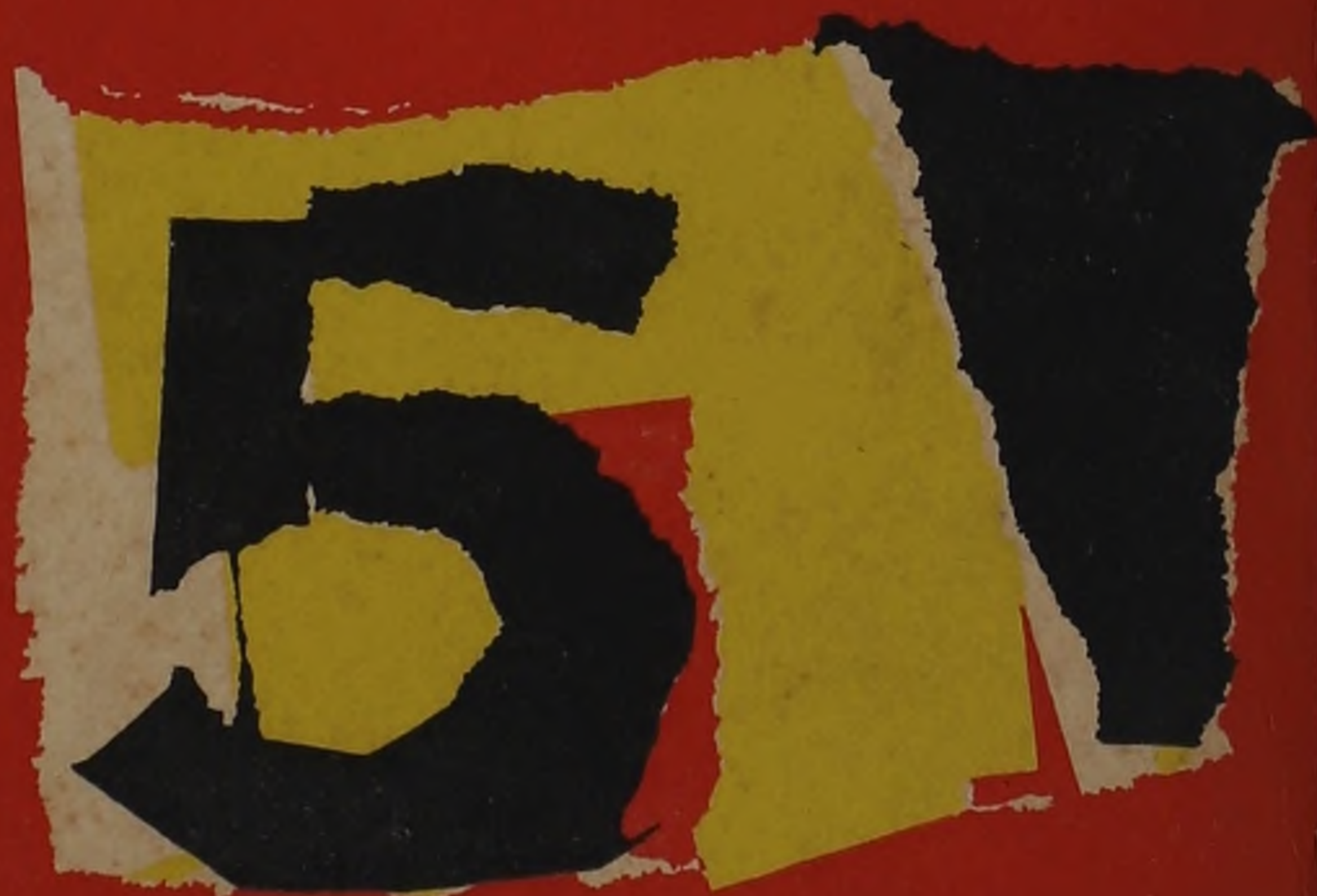
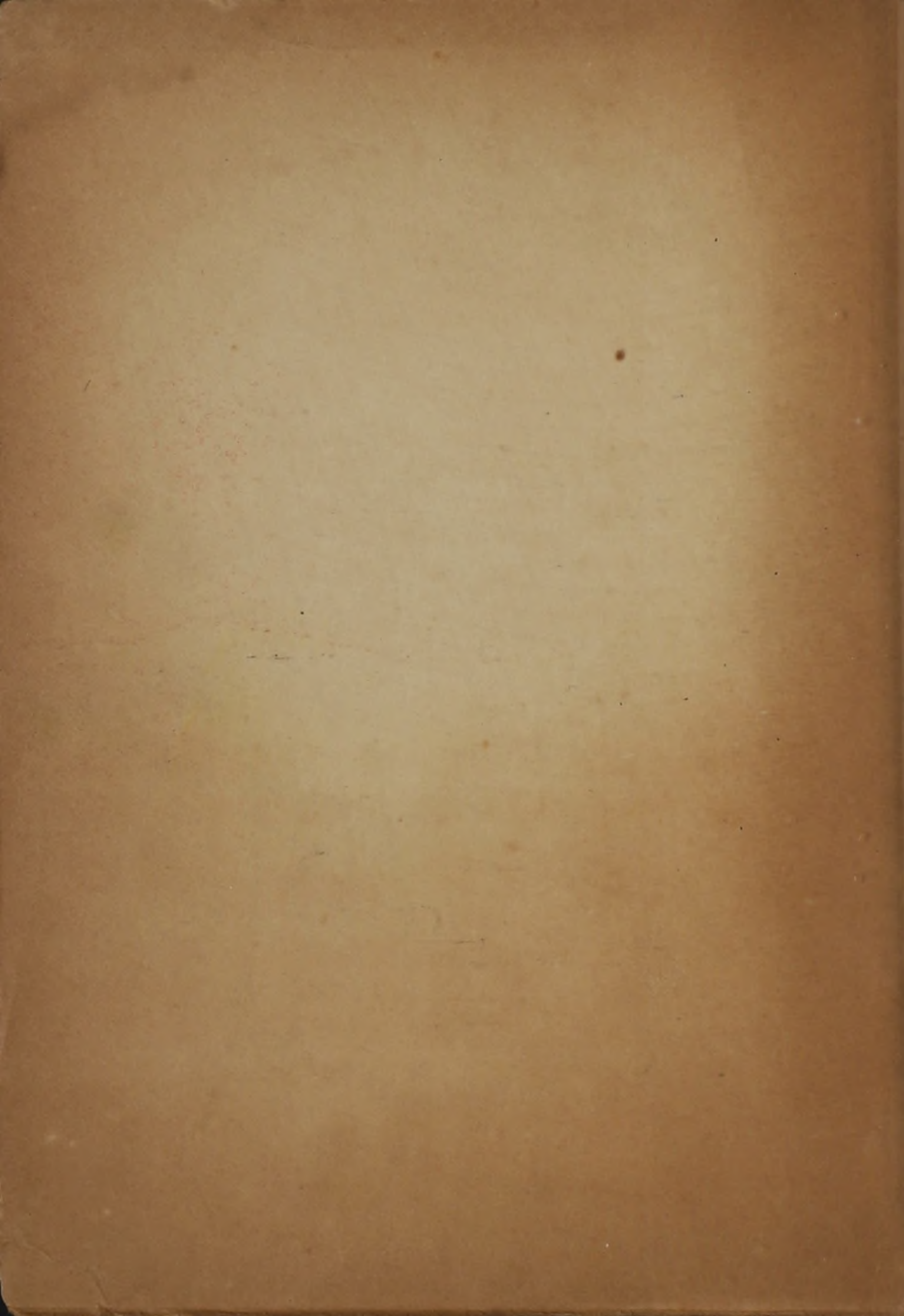


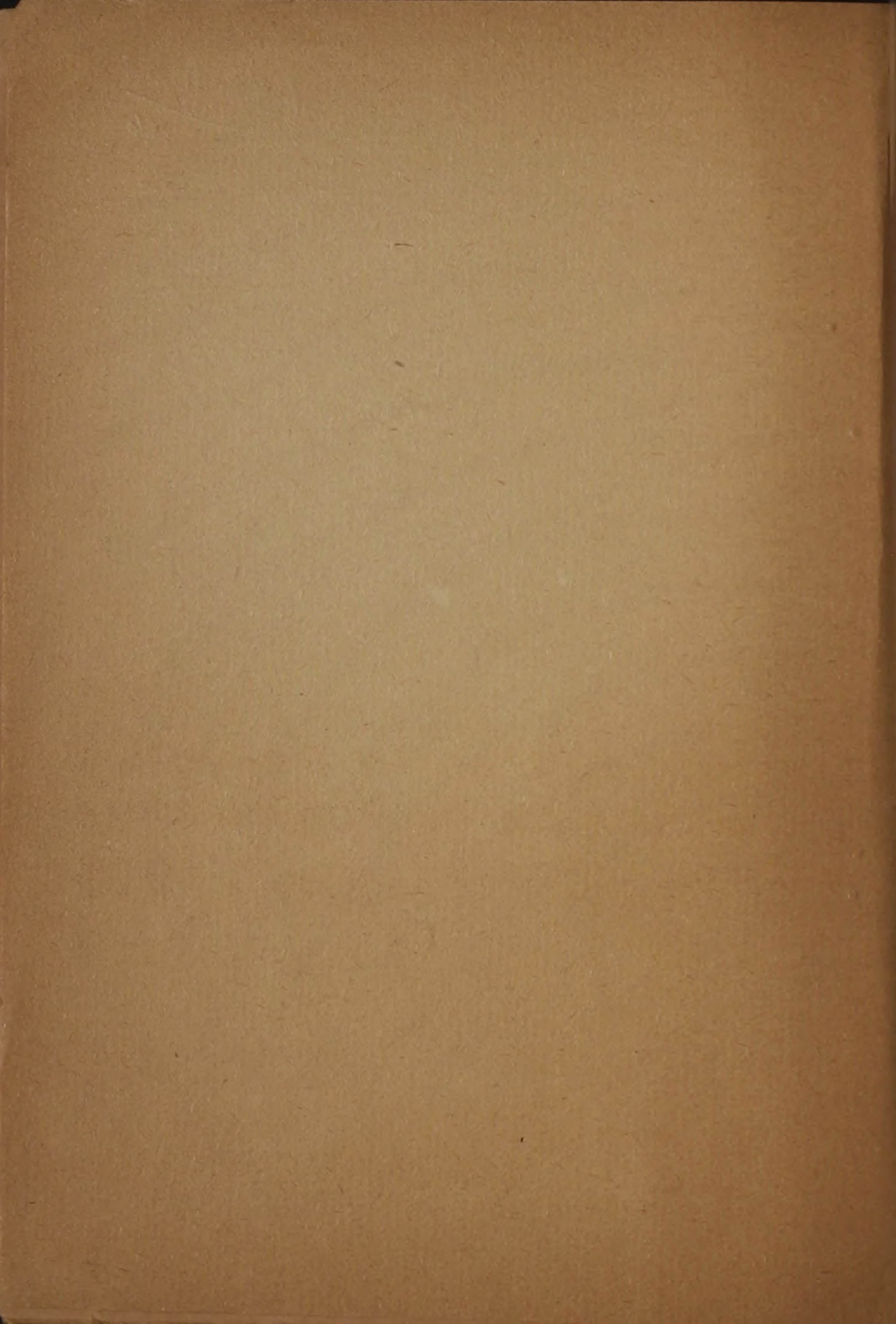
Eduardo ACEVEDO DIAZ
José Pedro BELLAN
Horacio QUIROGA
Carlos REYLES
Javier DE VIANA



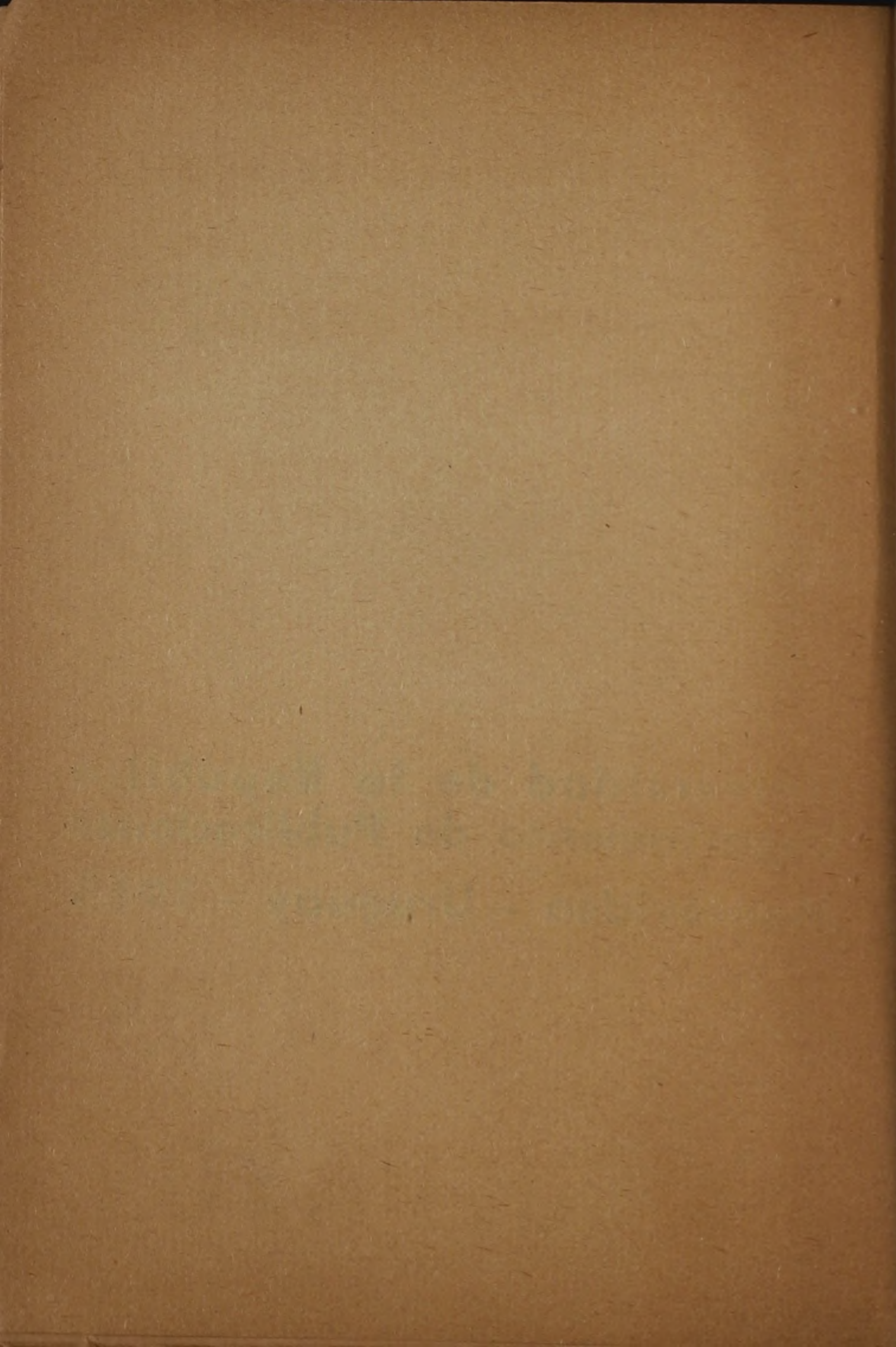
CUENTOS
URUGUAYOS



Miss Hunt
66



Universidad de la República
Departamento de Publicaciones
Montevideo - Uruguay - 1965



EDUARDO ACEVEDO DIAZ

JOSE PEDRO BELLAN

HORACIO QUIROGA

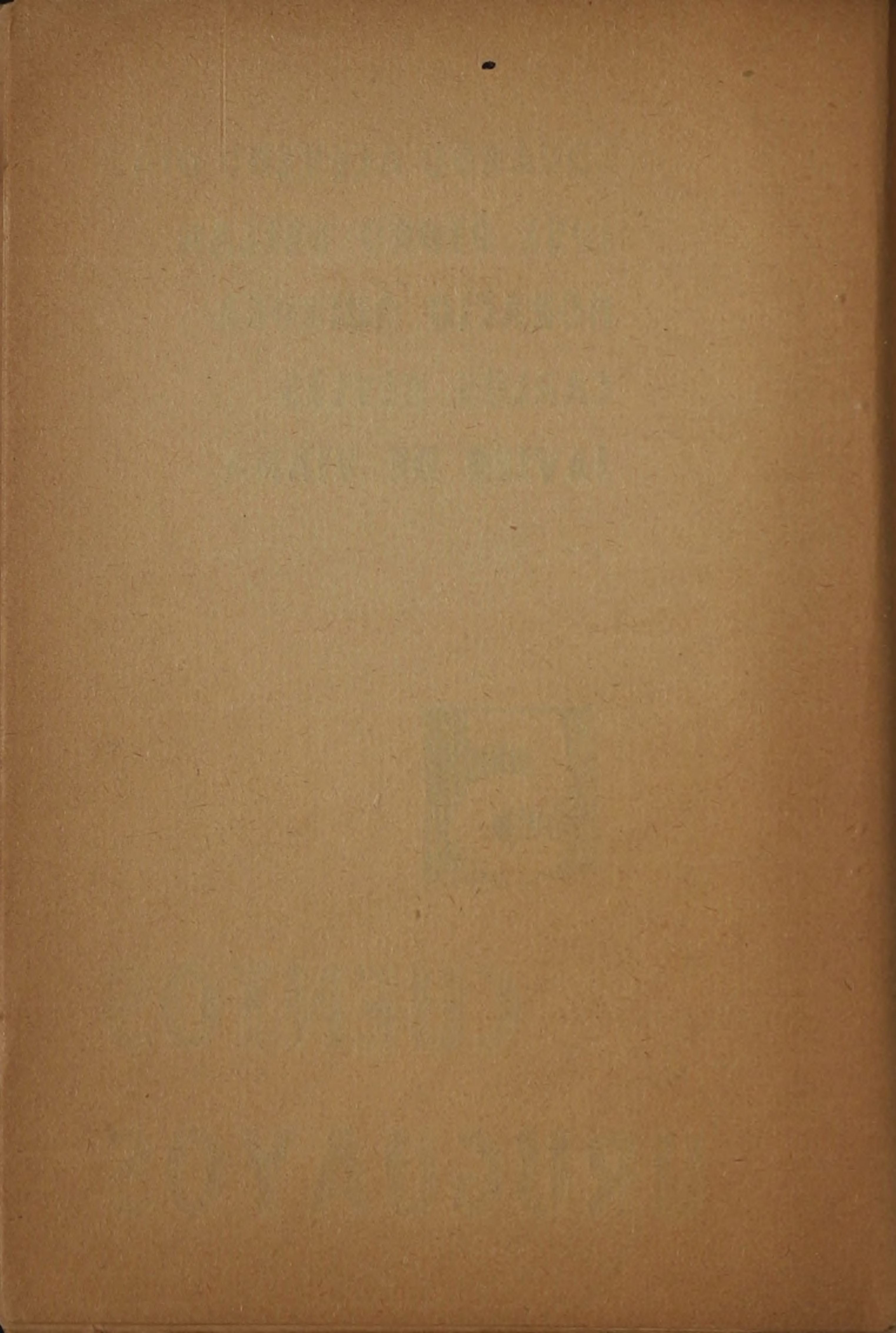
CARLOS REYLES

JAVIER DE VIANA



CUENTOS

URUGUAYOS



INDICE

Acevedo Díaz

EL COMBATE DE LA TAPERA 9

José Pedro Bellán

CLARO DE LUNA 29

Horacio Quiroga

LOS DESTERRADOS 39

Carlos Reyles

MANSILLA 53

Javier de Viana

LA VENCEDURA 69



EL COMBATE DE LA TAPERA

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

Político, periodista y narrador, Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) es el fundador de la novela nacional. Con su *Ismael* (1888) la novela uruguaya alcanza, por vez primera, real estatura estética. Dicha novela es, además, hito inicial de una tetralogía épica que se continúa en *Nativa* (1890) y *Grito de gloria* (1893) y concluye en *Lanza y sable* (1914). El comienzo de la gesta emancipadora, la cruzada de Olivera, la de los Treinta y Tres, el inicio de las contiendas civiles constituyen el entramado histórico de estas cuatro novelas, donde, al modo de un gran mural épico, aparecen las figuras típicas representativas de nuestra nacionalidad embrionaria. Romántico en su concepción global y realista en la ejecución y el detalle, Eduardo Acevedo Díaz concilia en su tetralogía el élan épico con la visión veraz de la realidad. El combate de la tapera, aunque independiente de su ciclo épico, participa del mismo modo de inspiración y tiene idénticas calidades literarias. Sus personajes, tan primitivos, están recorridos por un soplo de grandeza heroica.

I

Era después del desastre del Catalán. Más de setenta años hace.

Un tenue resplandor en el horizonte quedaba apenas de la luz del día. La marcha había sido dura, sin descanso.

Por las narices de los caballos sudorosos escapaban haces de vapores, y se hundían y dilataban alternativamente sus ijares como si fuera poco todo el aire para calmar el ansia de los pulmones.

Algunos de estos generosos brutos presentaban heridas anchas en los cuellos y pechos, que eran desgarraduras hechas por la lanza o el sable.

En los colgajes de piel había salpicado el lodo de los arroyos y pantanos, estancando la sangre.

Parecían jamelgos de lidia, embestidos y maltratados por los toros. Dos o tres cargaban con un hombre a grupas, además de sus jinetes, enseñando en los cuartos uno que otro surco rojizo, especie de líneas trazadas por un látigo de acero, que eran huellas recientes de las balas recibidas en la fuga.

Otros tantos, parecían ya desplomarse bajo el peso de su carga, e íbanse quedando a retaguardia con las cabezas gachas, insensibles a la espuela.

Viendo esto el sargento Sanabria, gritó con voz pujante:

—¡Alto!

El destacamento se paró.

Se componía de quince hombres y dos mujeres; hombres fornidos, cabelludos, taciturnos y bravíos: mujeres, dragones de vincha, sable corvo y pie desnudo.

Dos grandes mastines con las colas barro-sas y las lenguas colgantes, hipaban bajo el vientre de los caballos, puestos los ojos en el paisaje oscuro y siniestro del fondo de donde venían, cual si sintiesen todavía el calor de la pólvora y el clamoreo de guerra.

Allí cerca, al frente, percibíase una "tapera" entre las sombras. Dos paredes de barro batido sobre "tacuaras" horizontales, agujereadas y en parte derruídas; las testeras, como el techo, habían desaparecido.

Por lo demás, varios montones de escombros sobre los cuales crecían viciosas las hierbas, y a los costados, formando un cuadrado incompleto, zanjás semi cegadas, de cuyo fondo surgían saúcos y cicutas en flexibles bastones ornados de racimos negros y flores blancas.

—¡A formar en la tapera! — dijo el sargento con ademán de imperio. Los caballos a retaguardia con las mujeres, a que pellizquen... ¡Cabo Mauricio! haga echar cinco tiradores vientre a tierra, atrás del cicutal... Los otros adentro de la tapera, a cargar tercerolas y trabucos. ¡Pie a tierra, dragones, y listos, canejo!

La voz del sargento resonaba bronca y enérgica en la soledad del sitio. Nadie replicó.

Todos traspusieron la zanja, y desmontaron, reuniéndose poco a poco.

Las órdenes se cumplieron. Los caballos fueron maneados detrás de una de las paredes de lodo seco, y junto a ellos se echaron los mastines resollantes. Los tiradores se arrojaron al suelo a espaldas de la hondonada cubierta de malezas, mordiendo el cartucho; el resto de la extraña tropa distribuyóse en el interior de las ruinas

que ofrecían buen número de troneras por donde asentar las armas de fuego; y las mujeres, en vez de hacer compañía a las transidas cabalgaduras, pusiéronse a desatar los sacos de munición o pañuelos llenos de cartuchos deshechos que los dragones llevaban atados a la cintura en defecto de cananas.

Empezaban afanosas a rehacerlos, en cuclilla, apoyadas en las piernas de los hombres, cuando ya caía la noche.

—Naide pite, — dijo el sargento. Carguen con poco ruido de baqueta y reserven los naranjeros hasta que yo ordene... ¡Cabo Mauricio! vea que esos mandrias no se duerman si no quieren que les chamusquee las cerdas... ¡Mucho ojo y la oreja parada!

—Descuide, sargento, —contestó el cabo con gran ronquera—, no hace falta la advertencia, que aquí hay más corazón que garganta de sapo.

Transcurrieron breves instantes de silencio.

Uno de los dragones, que tenía el oído en el suelo, levantó la cabeza, y murmuró bajo:

—Se me hace tropel... ha de ser caballería que avanza.

Un rumor sordo de muchos cascos sobre la alfombra de hierbas cortas, empezaba en realidad a percibirse distintamente.

—Armen cazoleta y aguaiten, que ahí vienen los portugueses. ¡Va el pellejo, barajo! Y es preciso ganar tiempo a que resuellen los mancarrones. ¡Ciriaca! ¿Te queda caña en la mimosa?

—Está a mitad —respondió la aludida, que era una criolla maciza vestida a lo hombre con las greñas recogidas hacia arriba y ocultas bajo un chambergo incoloro, de barboquejo de lonja sobada. Mirá, güeno es darles un trago a los hombres...

—Dales chinaza a los de avanzada sin pijotearles.

Ciriaca se encaminó a saltos, evitando las "rosetas", agachándose y fue pasando el "chifle" de boca en boca.

Mientras esto hacía, el dragón de un flanco le acariciaba las piernas, y el del otro le hacía cosquillas en el seno, cuando ya no era que le pellizcaban alguna forma más mórbida, diciendo: ¡luna llena!

—Te ha de alumbrar muerto, safao! — contestaba ella riendo al uno y al otro: ¡largá lo ajeno, indino! — y al de más allá: ¡a ver si aflojás el chisme, mamón!

Y repartía cachetes.

—¡Poca vara alta quiero yo! — gritó el sargento con acento estentóreo. ¡Estamos para clavar el pico, y andan a los requiebros, golosos! Apartate Ciriaca, que aurita no más chiflan las redondas.

En ese momento acrecentóse el rumor sordo, y sonó una descarga entre voceríos salvajes.

El pelotón contestó con brío.

La tapera quedó envuelta en una densa humareda sembrada de tacos ardiendo; atmósfera que se disipó bien pronto, para volverse a formar entre nuevos fogonazos y broncos clamores.

II

En los intervalos de las descargas y disparos, oíase el furioso ladrido de los mastines haciendo coro a los eternos y crudos juramentos.

Un semicírculo de fogonazos indicaba bien a las claras que el enemigo había avanzado en

forma de media luna para dominar la tapera con su fuego graneado.

En medio de aquel tiroteo, Ciriaca se lanzó fuera con un atado de cartuchos, en busca de Mauricio.

Cruzó el corto espacio que separaba a éste de la tapera, en cuatro manos, entre silbidos siniestros.

Los tiradores se revolvían en el pasto como culebras, en constante ejercicio de baquetas.

Uno estaba inmóvil boca abajo.

La china le tiró de la melena, notóla inundada de un líquido caliente.

—¡Mirá —exclamó— le han dado en el testuz.

—Ya no traga saliva—, añadió el cabo.

—¿Trajiste pólvora?

—Aquí hay, y balas que hacer tragar a los portugueses. ¡Lástima que estea oscuro!... ¡Cómo tiran esos mandrias!

Mauricio descargó su carabina. Mientras extraía su cartucho del saquillo, dijo mordiéndolo:

—Ante que éste, ya quisieran ellos otro calor. ¡Ah, si te agarran, Ciriaca!

—¡Que vengan por carne! — barbotó la china.

Y esto diciendo, echó mano a la tercerola del muerto que se puso a baquetear con gran destreza.

—¡Fuego! rugía la voz del sargento. —Al que afloje lo degüello con el mellao.

III

Las balas que penetraban en la tapera habían dado ya en tierra con tres hombres. Algunas, perforando el débil muro de lodo hirieron y derribaron varios de los transidos matalotes.

La segunda de las criollas, compañera de Sanabria, de nombre Catalina, cuando más recio era el fuego que salía del interior por las troneras improvisadas, escurrióse a manera de tigre por el cicutal, empuñando la carabina de uno de los muertos.

Era Cata, —como la llamaban—, una mujer fornida y hermosa, color de cobre, ojos muy negros velados por espesas pestañas, labios hinchados y rojos, abundosa cabellera, cuerpo de un vigor extraordinario, entraña dura y acción sobria y rápida. Vestía blusa y chiripá y llevaba el sable a la banderola.

La noche estaba muy oscura, llena de nubes tempestuosas; pero los rojos culebrones de las alturas o grandes “refucilos” en lenguaje campesino, alcanzaban a iluminar el radio que el fuego de las descargas dejaba en las tinieblas.

Al fulgor del relampagueo, Cata pudo observar que la tropa enemiga había echado pie a tierra y que los soldados hacían sus disparos de “mampuesta” sobre el lomo de sus caballos, no dejando más blanco que sus cabezas.

Algunos cuerpos yacían tendidos aquí y allá. Un caballo moribundo con los cascos para arriba se agitaba en convulsiones sobre su jinete muerto. De vez en cuando un trompa de órde-

nes lanzaba sonos precipitados de atención y toques de guerrilla, ora cerca, ya lejos, según la posición que ocupaba su jefe.

Una de esas veces, la corneta resonó muy próxima.

A Cata le pareció por el eco que el resuello de la trompa no era mucho, y que tenía miedo.

Un relámpago vivísimo bañó en ese instante el matorral y la loma, y permitióle ver a pocas varas al jefe del destacamento portugués que dirigía en persona un despliegue sobre el flanco, montado en un caballo tordillo.

Cata, que estaba encogida entre los saúcos, lo reconoció al momento.

Era el mismo; el capitán Heitor, con su morrión de penacho azul, su casaquilla de alamares, botas de cuero de lobo, cartera negra y pistolas de piel de gato. Alto y membrudo, con el sable corvo en la diestra, sobresalía con exceso de la montura y hacía caracolear su tordillo de un lado a otro empujando con los encuentros a los soldados para hacerlos entrar en fila.

Parecía iracundo, hostigaba con el sable y prorrumpía en denuestos.

Sus hombres, sin largar los cabestros, y sufriendo los arranques y sacudidas de los reyunos alborotados, redoblaban el esfuerzo, unos rodilla en tierra, otros escudándose en las cabalgaduras.

Chispeaba el pedernal en las cazoletas en toda la línea, y no pocas balas caían sin fuerza, a certa distancia junto al taco ardiendo.

Una de ellas dió en la cabeza de Cata, sin hierirla, pero derribándola de costado.

En esa posición, sin lanzar un grito, empezó a arrastrarse en medio de las malezas hacia lo intrincado del matorral, sobre el que apoyaba su ala Heitor.

Una hondonada cubierta de breñas favorecía sus movimientos.

En su avance de felino, Cata llegó a colocarse a retaguardia de la tropa, casi encima de su jefe. Oía distintamente las voces de mando, los lamentos de los heridos, y las frases coléricas de los soldados, proferidas ante una resistencia inesperada, tan firme como briosa.

Veía ella en el fondo de las tinieblas la mancha más oscura aún que formaba la tapera, de la que surgían chisporroteos continuos y lúgubres silbos que se prolongaban en el espacio, pasando con el plomo mortífero por encima del matorral; a la vez que percibía a su alcance la masa de asaltantes al resplandor de sus propios fogonazos, moviéndose en orden, avanzando o retrocediendo, según las voces imperativas.

IV

De la tapera seguían saliendo chorros de fuego entre una humareda espesa que impregnaba al aire de fuerte olor a pólvora.

En el drama del combate nocturno, con sus episodios y detalles heroicos, como en las tragedias antiguas, había un coro extraño, lleno de ecos profundos, de esos que sólo parten de la entraña herida. Al unísono con los estampidos, oíanse gritos de muerte, alaridos de hombre y de mujer unidos por la misma cólera, sordas ronqueras de caballos espantados, furiosos ladrar de perros; y cuando la radiación eléctrica esparcía su intensa claridad sobre el cuadro, tiñéndolo de un vivo color amarillento, mostra-

ba al ojo del atacante, en medio de nutrido bosque, dos picachos negros de los que brotaba el plomo, y deformes bultos que se agitaban sin cesar como en lucha cuerpo a cuerpo. Los relámpagos sin serie de retumbos, a manera de gigantescas cabelleras de fuego desplegando sus hebras en el espacio negro, contrastaban por el silencio con las rojizas bocanadas de las armas seguidas de recias detonaciones. El trueno no acompañaba al coro, ni el rayo como ira del cielo la cólera de los hombres. En cambio, algunas gruesas gotas de lluvia caliente golpeaban a intervalos en los rostros, sin atenuar por eso la fiebre de la pelea.

El continuo choque de proyectiles había concluido por desmoronar uno de los tabiques de barro seco, ya débil y vacilante a causa de los movimientos de hombres y bestias, abriendo ancha brecha por la que entraban las balas en fuego oblicuo.

La pequeña fuerza no tenía más que seis soldados en condiciones de pelea. Los demás habían caído uno en pos de otro, o rodado heridos en la zanja del fondo, sin fuerzas ya para el manejo del arma.

Pocos cartuchos quedaban en los saquillos.

El sargento Sanabria, empuñando un trabuco mandó a cesar el fuego, ordenando a sus hombres que se echasen de vientre para aprovechar sus últimos tiros cuando el enemigo avanzase.

—Ansí que se quemén esos —añadió— monte a caballo el que pueda, y a rumbear por el lao de la cuchilla.

Pero antes, naide se mueva si no quiere encontrarse en la boca de mi trabuco... ¿qué se han hecho las mujeres? No veo a Cata...

Aquí hay una, — contestó una voz enronquecida. Tiene rompida la cabeza, y ya se ha puesto media dura...



—Ha de ser Ciriaca...

—Por lo motosa es la misma, a la fija.

—Cállense! — dijo el sargento.

El enemigo había apagado también sus fuegos suponiéndose una fuga, y avanzaba hacia la "tapera".

Sentíase muy cercano ruido de caballos, choques de sables y crujido de cazoletas.

—No vienen de a pie, —dijo Sanabria,— menudeen las balas.

Volvieron a estallar las descargas.

Pero, los que avanzaban eran muchos y la resistencia no podía prolongarse. Era necesario morir o buscar la salvación en las sombras de la fuga.

El sargento Sanabria descargó su trabuco con un bramido.

Multitud de balas silbaron al frente; las carabinas portuguesas asomaron casi encima de la zanja sus bocas a manera de colosales tucos, y una humareda densa circundó la "tapera" cubierta de tacos inflamados.

De pronto, las descargas cesaron.

Al recio tiroteo se siguió un movimiento confuso en la tropa asaltante, choques, voces, tumultos, chasquidos de látigos en las tinieblas, cual si un pánico repentino la hubiese acometido; y tras esa confusión pavorosa algunos tiros de pistola y frenéticas carreras, como de quienes se lanzan a escape acosados por el vértigo.

Después un silencio profundo...

Sólo el rumor cada vez más lejano de la fuga, se alcanzaba a percibir en aquellos lugares desiertos y minutos antes animados por el estruendo. Y hombres y caballería parecían haber sido arrastrados por una tromba invisible que los estrujara con cien rechinamientos entre sus poderosos anillos.

V

Asomaba una aurora gris-cenicienta, pues el sol era impotente para romper la densa valla de nubes tormentosas, cuando una mujer salía arrastrándose sobre las manos y rodillas del matorral vecino; y ya en su borde, que trepó con esfuerzo, se detenía sin duda a cobrar alientos, arrojando una mirada escudriñadora por aquellos sitios desolados.

Jinetes y cabalgaduras entre charcos de sangre, tercerolas, sables y morriones caídos acá y acullá, tacos todavía humeantes, lanzones mal encajados en el suelo blanco de la hondonada con sus banderolas hechas fleco, algunos heridos revolviéndose en las yerbas, lívidos, exangües, sin alientos para alzar la voz; tal era el cuadro en el campo que ocupó el enemigo.

El capitán Heitor yacía boca abajo junto a un abrojal ramoso.

Una bala certera disparada por Cata lo había derribado de los lomos en mitad del asalto, produciendo el tiro y la caída la confusión y la derrota de sus tropas, que en la oscuridad se creyeron acometidas por la espalda.

Al huir aturcidos, presas de un terror súbito, descargaron los que pudieron sus grandes pistolas sobre las breñas, alcanzando a Cata un proyectil en medio del pecho.

De ahí le manaba un grueso hilo de sangre negra.

El capitán aún se movía. Por instantes se crispaba violento, alzándose sobre los codos, pa-

ra volver a quedar rígido. La bala le había atravesado el cuello, que tenía todo enrojecido y cubierto de cuajarones.

Revolcado, con las ropas en desorden y las espuelas enredadas en la maleza, era el blanco del ojo bravío y siniestro de Cata, que a él se aproximaba en felino arrastré con un cuchillo de mango de asta en la diestra.

Hacia el frente, veíase la tapera hecha terrones; la zanja con el cicutal aplastado por el peso de los cuerpos muertos; y allá en el fondo, donde se menearon los caballos, un montón deforme, en que sólo se descubrían cabezas, brazos y piernas de hombres y matalotes en lúgubre entrevero.

El llano estaba solitario. Dos o tres de los caballos que habían escapado a la matanza, mustios, con los ijares hundidos y los aperos, revueltos, pugnaban por triscar los pastos a pesar del freno. Salíales junto a las coscojas un borbollón de espuma sanguinolenta.

Al otro flanco, se alzaba un monte de talas cubierto en su base de arbustos espinosos. En su orilla, como atisbando la presa, con los hocicos al viento y las narices muy abiertas, ávidas de olfateo, media docena de perros cimarrones iban y venían inquietos lanzando de vez en cuando sordos gruñidos.

Catalina, que había apurado su avance, llegó junto a Heitor, callada, jadeante, con la melena suelta como un marco sombrío a su faz bronceada; reincorporándose sobre sus rodillas, dando un ronco resuello, buscó con los dedos de su izquierda el cuello del oficial portugués, apartando el líquido coagulado de los labios de la herida.

Si hubiese visto aquellos ojos negros y fijos, aquella cabeza clinuda inclinada hacia él, aquella mano armada de cuchillo, y sentido aquella respiración entrecortada en cuyos hálitos silba-

ba el instinto como un reptil quemado a hierro, el brioso soldado hubiérase estremecido de pavora.

Al sentir la presión de aquellos dedos, duros como garras, el capitán se sacudió arrojando una especie de bramido que hubo de ser grito de cólera; pero ella, muda e implacable, introdujo allí el cuchillo, lo revolvió con un gesto de espantosa saña, y luego cortó con todas sus fuerzas, sujetando bajo sus rodillas la mano de la víctima que tentó alzarse convulsa.

—¡Al nudo ha de ser! — rugió el dragón-hembra con ira reconcentrada.

Tejidos y venas abriéronse bajo el acerado filo hasta la tráquea, la cabeza se alzó besando dos veces el suelo, y de la ancha desgarradura saltó en espeso chorro toda la sangre entre ronquidos.

Esa lluvia caliente y humeante bañó el seno de Cata, corriendo hasta el suelo. Soportóla inmóvil, resollante, hoscosa, fiera; y al fin, cuando el fornido cuerpo del capitán cesó de sacudirse quedando encogido, crispado, con las uñas clavadas en tierra, en tanto el rostro vuelto hacia arriba enseñaba con la boca abierta y los ojos saltados de las órbitas el ceño iracundo de la última hora, ella se pasó el puño cerrado por el seno de arriba a abajo con expresión de asco, hasta hacer salpicar los coágulos lejos, y exclamó con indecible rabia:

—¡Que lo lamban los perros!

Luego se echó de bruces, y siguió arrastrándose hacia la tapera.

Entonces los cimarrones coronaron la loma, dispersos, a paso de fiera, alargando cuanto podían sus pescuezos de erizados pelos, como para aspirar mejor el fuerte vaho de los declives.

VI

Algunos cuervos enormes, muy negros, de cabeza pelada y pico ganchudo, extendidas y casi inmóviles las alas, empezaban a poca altura sus giros en el espacio, lanzando su graznido de ansia lúbrica como una nota funeral.

Cerca de la zanja, veíase un perro cimarrón con el hocico y el pecho ensangrentados. Tenía propiamente botas rojas, pues parecía haber hundido los remos delanteros en el vientre de un cadáver.

Cata alargó el brazo y lo amenazó con el cuchillo.

El perro gruñó, enseñó el colmillo, el pelaje se le erizó en el lomo, y bajando la cabeza preparóse a acometer, viendo sin duda cuán sin fuerzas se arrastraba su enemigo.

—¡Vení, Canelón! —gritó Cata colérica, como si llamara a un viejo amigo. ¡A él, Canelón!...

Y se tendió desfallecida.

Allí, a poca distancia, entre un montón de cuerpos acribillados de heridas, polvorientos, inmóviles con la profunda quietud de la muerte, estaba echado un mastín de piel leonada, como haciendo la guardia a su amo.

Un proyectil le había atravesado las paletas en su parte superior, y parecía postrado y dolorido.

Más lo estaba su amo. Era éste el sargento Sanabria, acostado de espaldas, con los brazos sobre el pecho, y en cuyas pupilas dilatadas

vagaba todavía una lumbre de vida.

Su aspecto era terrible.

La barba castaña recia y dura, que sus soldados comparaban con el borlón de un toro, aparecía teñida de rojinegro.

Tenía una mandíbula rota, y los dos fragmentos del hueso saltados hacia afuera entre carnes trituradas.

En el pecho, otra herida. Al pasarle el plomo el tronco, habíale destrozado una vértebra dorsal.

Agonizaba tieso, aquel organismo poderoso.

Al grito de Cata, el mastín que junto a él estaba, pareció salir de su sopor; fuése levantando trémulo, como entumecido, dió algunos pasos inseguros fuera del cicutal y asomó la cabeza...

El cimarrón bajó la cola y se alejó relamiéndose los bigotes, a paso lento, importándole más el festín que la lucha. Merodeador de las breñas, compañero del cuervo, venía a hozar en las entrañas frescas, no a medirse en la pelea.

Volvióse a su sitio el mastín, y Cata llegó a cruzar la zanja y dominar el lúgubre paisaje.

Detuvo en Sanabria, tendido delante, sobre lecho de cicutas, sus ojos negros, febriles, relucientes con una expresión intensa de amor y de dolor.

Y arrastrándose siempre llegóse a él, se acostó a su lado, tomó alientos, volvióse a incorporar con un quejido, lo besó ruidosamente, apartóle las manos del pecho, cubrióle con las dos suyas la herida y quedóse contemplándole con fijeza, cual si observara cómo se le escapaba a él la vida y a ella también. Nublábanse las pupilas del sargento, y Cata sentía que dentro de ella aumentaba el estrago en las entrañas.

Giró en derredor la vista quebrada ya, casi exangüe, y pudo distinguir a pocos pasos una cabeza desgredada que tenía los sesos volcados

sobre los párpados a manera de horrible cabellera. El cuerpo estaba hundido entre las breñas.

—¡Ah!... ¡Ciriaca! —exclamó con un hipo violento.

En seguida extendió los brazos, y cayó a picmo sobre Sanabria.

El cuerpo de éste se estremeció; y apagóse de súbito el pálido brillo de sus ojos.

Quedaron formando cruz, acostados sobre la misma charca, que Canelón olfateaba de vez en cuando, entre hondos lamentos.



CLARO DE LUNA

JOSE PEDRO BELLAN

La obra de José Pedro Bellán (1889-1930) está hoy, injustamente, un tanto olvidada. Posee, sin embargo, valores que le aseguran permanencia. Escribió ocho obras teatrales: Amor (1911), ¡Dios te salve!... (1920), Vasito de agua (1921), Tro-la-ro-la-rá (1922), La ronda del hijo (1924), Blancanieves (1928), El centinela muerto (1929) e Interferencias (1930). Su obra de narrador forma cinco volúmenes: Huerco (1914), Doñarramona (1918), Primavera (1919), Los amores de Juan Rivault (1922) y El pecado de Alejandra Leonard (1926). Tema dominante de la narrativa de José P. Bellán es el amor, en su doble faz: sexualidad y sentimiento. Por su tendencia literaria, Bellán se ubica dentro de las líneas de un naturalismo moderado por un delicado sentimentalismo poético. Gusta del sondeo psicológico, pero no incurre en análisis abusivos. Como trasfondo, hay en su narrativa un cierto costumbrismo y una tendencia lateral a la crítica social. El cuento que va en este volumen pertenece a Primavera, libro que fue muy utilizado como lectura infantil, aunque no haya sido intencionalmente escrito para tal fin.

Era una noche de verano, una hora después de comer, cuando los muchachos juegan en las veredas y las niñas cantan.

La luna ascendía por el cielo puro, de un azul marino y las estrellas, que un momento antes fulgían en toda la cúpula, perdían el esplendor, iban palideciendo, y se apagaban al fin.

—Por aquí, muchachos, vengan por aquí... —dijo Sofía Martínez. Y salió del comedor guiando a sus compañeros en dirección a la quinta.

La casa que ocupaba la familia Martínez estaba edificada sobre la calle Millán, hacia afuera, cerca del Prado. Era una linda casita, de un solo piso, amplia, de construcción sencilla y que tenía en su frente una marquesina; sostenida por unas columnitas de metal, por donde subían, retorciéndose, los brazos vigorosos de una enredadera que daba flores bermejas. Entre la casa y la calle mediaba una distancia de doce metros y en este terreno, limitado por una fuerte verja de lanzas de hierro, había una cantidad de naranjos y dos palmeras.

La quinta quedaba hacia el fondo, dividida en dos partes por un camino central que pasaba entre dos filas de álamos. Después, a derecha e izquierda, los árboles lo ocupaban todo, dejando apenas algunos senderos curvos, por donde nadie paseaba, solitarios, silenciosos, semi-perdidos en la vegetación que crecía sobre los flancos.

—Por aquí —volvió a decir Sofía. Era una linda chicuela de trece años de edad. Poseía un temperamento suave, cariñoso y pasaba entre sus compañeras por ser una de las mejores discípulas.

Aquel día estaba muy contenta. Ya de tarde, a la hora del crepúsculo, había recibido, inesperadamente, la visita de los tres hermanos Alsina, un varón y dos mujeres, a quienes trataba

con mucha intimidación porque, aún cuando no mediase entre ellos parentesco alguno, existía entre las dos familias una verdadera y antigua amistad.

De los tres hermanos, María era la mayor, de catorce años; luego seguían: Honorato, un año menor que María, y Sylvia, de once.

Cuando estuvieron en la quinta, Honorato miró el cielo, miró los árboles y dijo admirado:

—¡Qué noche!... ¡Lástima que nos tengamos que ir en seguida!

—¿Por qué?... —preguntó Sofía.

—Porque papá vendrá a buscarnos de un momento a otro.

—¡Bah!... no te preocupes. Cuando venga tu papá a buscarte se pondrá a charlar con el mío y se olvidarán de nosotros.

En este instante, Sylvia, que era muy juguetona, le pegó a Sofía en un brazo, al mismo tiempo que le decía:

—¡Mancha, manchita!... —Y de cuatro saltos se alejó de ella. Sofía no perdió el tiempo y dando una palmada a Honorato, huyó riendo a carcajadas. El, que en lo que menos pensaba era en jugar a la mancha, quedó algo aturdido, no sabiendo a quién correr. María había escapado aprovechando su confusión. Permaneció un momento en el camino, mirando a sus compañeras que se burlaban de él, tirándole con piedrecillas, con ramas, llamándole por distintos nombres, ocultándose tras los árboles, cambiando a cada momento de lugar, todo esto con rapidez, sin que le dieran tiempo para nada.

Sylvia era la más audaz. Se acercaba a él, hincaba una rodilla en tierra y le gritaba:

—¡Bicho feo!... ¡bicho feo!...

—Honorato, cuando lo creyó oportuno, dió un salto para mancharla; pero Sylvia, que era muy ágil, simuló escapar por la derecha y huyó por la izquierda, dejando a Honorato con un

palmo de narices. Entonces, éste cambió de táctica. Empezó a andar lentamente, con las manos en los bolsillos y la vista en el suelo, demostrando poco interés por el juego. Pero ellas bien pronto comprendieron su intención y en vez de acercarse, como él creía, se alejaron temerosas, eligiendo sitio por donde pudieran correr fuerte en caso de ser perseguidas. Sylvia seguía gritando: —“¡Bicho feo, bicho feo!...” —y lo azuzaba con una caña, mientras María, que se había corrido por detrás de él, le hacía mojigan-gas y le tiraba terroncitos de tierra.

Honorato echó a correr. Primero se dirigió hacia Sylvia, persiguiéndola por el camino, durante un buen trecho, sin darle tregua, pero cuando estaba por alcanzarla, ella, tentando un esfuerzo, dió un salto, salió del camino y se escabulló entre los árboles. La buscó un momento y como no la hallara, volvió para correr a las otras. Con gran sorpresa suya, observó en distintas direcciones sin encontrarlas: se habían escondido. Escrutó en la sombra, sonriendo. Le pareció ver a María, tras un árbol, cerca suyo. Fue hacia él, sin hacer ruido, y en vez de María, halló una carretilla de mano, volcada. Se sentó sobre ella y después de un momento, como nadie diera señales de vida, llamó en voz alta:

—¡Sofía, María, Sylvia!... Nadie contestó. Un gran silencio cubría el paisaje. La luz de la luna comenzaba a pasar del ramaje y caía en el camino, entre los álamos que se tornaban blancos. El reloj de una iglesia cercana dió nueve campanadas. Un tranvía pasó, allá, a toda marcha por la calle Millán, hacia el centro. Enseguida oyó el piar de un pájaro, luego un trino dulce, quedo, misterioso.

Después le pareció que muchas voces, desde muy lejos, cantaban una canción que no había oído nunca. —¡Qué noche!... —Mirando hacia la superficie abrupta de la quinta se apercibía

una claridad, algo así como un humo blanco, muy transparente, que parecía emerger de la tierra.

Honorato se mantuvo aún sentado sobre la carretilla y mirando en redor. Después volvió a acordarse de sus hermanas y de Sofía. Se sonrió. ¡Vaya un chasco!... Sin duda ellas estarían escondidas, en la creencia, quizá, de que él las buscaba.

Pero mientras pensaba en esto, le pareció oír la voz de Sofía, apagada por la distancia. Se puso de pie, escudriñó entre los troncos de los árboles y descubrió a sus compañeras en la semi-oscuridad. Entonces se acercó a ellas, andando lentamente.

—Ahí viene Honorato — dijo Sylvia.

Encontró a las tres sentadas sobre un banco de piedra, bajo el ramaje colosal de un álamo de la Carolina.

—¿Dónde estabas? — preguntó Sofía.

—Allá, donde hay una carretilla.

—¿Nos buscaste?...

—No; me pasó una cosa muy rara. Al principio las hubiese buscado, pero después, te lo juro, me olvidé de que estábamos jugando.

—A nosotras nos pasó más o menos lo mismo —dijo Sofía—. Cuando tú corriste a Sylvia nos escondimos. Así esperamos un ratito, calladas, por no descubrirlas. Después nos fuimos acercando, sin saber para qué, pero deseábamos estar juntas. María llegó diciendo: —“¡Qué noche, qué noche!...”. —Luego nos sentamos en este banco. Ahora nos acordábamos de tí. ¿Quieres sentarte?... —y le hizo un sitio a su lado.

Honorato se sentó junto a ella, en un extremo del banco. Estuvieron un momento silenciosos. Sylvia dijo:

—¿Oyen?

—¿Qué?... —preguntó Sofía.

—¿No oyen cómo cantan?...

—Es cierto —afirmó Honorato—. Las mismas voces que oí hace un momento. —María agregó:

—¿Qué lejos cantan!... ¡parece un sueño!... —y después de una pausa prosiguió, encarándose con sus compañeros: —Nunca los he querido tanto como esta noche, nunca he sentido tanto cariño por todo, tanto bienestar... Quisiera que estuvieran aquí papá, mamá... ¡Yo no sé si ustedes sienten como yo!... ¡Es algo desconocido, es un amor triste que me hace llorar!... —y se cubrió la cara con las manos.

—¿Lloras?... preguntó Honorato, inquieto y poniéndose de pie.

—¿Qué tienes?... —dijo Sofía. Sylvia también se paró y los tres la rodearon. Entonces, María, descubriéndose su cara humedecida por las lágrimas, contestó:

—¡Oh!... no se asusten... lloro, sí, pero lloro de dicha, lloro de felicidad... ¡Miren, miren!... nunca había visto!..., —e indicó el lugar, abriendo los brazos.

El aspecto general de la quinta parecía cambiar, insensiblemente. La claridad era cada vez más intensa. Ya no era sólo el camino blanco, interpuesto en la sombra como un muro de plata. Todo el paisaje se iluminaba. La luz caía entre el follaje, corría sobre el césped, penetraba en la maleza. Se mostraban los troncos de los árboles, erguidos, jibosos, rudos, saliendo de la oscuridad. Un pequeño sendero, cubierto por una bóveda de ramas, tenía una expresión fantástica. La luz bordeaba la entrada y penetraba difundiéndose en el suelo, en pequeñas manchas color nácar, mientras el ramaje que lo cubría permanecía negro, ciñiendo el caminito. Parecía la bóveda una de esas galerías misteriosas que se internan en las grutas.

—Nunca había visto —volvió a decir María.

Cerca de ellos, en un surco, un objeto de vidrio quizá, brillaba con ese fulgor inquieto y agudo de la estrella. Se oyó de nuevo el trino de un pájaro. —¿Oíste?... —preguntó Sofía a Honorato en voz baja.

—¡Pobrecito!... —dijo Sylvia. Honorato, pensativo, habló a su vez:

—¿Qué voz tan distinta tienen de día! ¿Qué sentirán ahora?... ¿Qué pensarán ahora?...

—Empezó a soplar una brisa, suave como un plumón, que dejaba tras una onda el murmullo interminable de las hojas. Y el aire se cargó de perfumes; olor a rosa, a jazmín, a madreSelva, olor a verde.

Se habían vuelto a sentar y los cuatro se mantenían callados, atentos a la luz y a la sombra. Sofía, abandonando su cabeza sobre un hombro de María, dijo a media voz:

—Paréceme como si todo esto no fuera verdad.

En este instante, un claror vivísimo bajó de lo alto del álamo de la Carolina y llegó hasta el banco de piedra, dejando a Sylvia repentinamente en la luz. Esta, sorprendida, exclamó alborozada:

—¡Oh!... ¡miren!... —y buscó hacia arriba, en el ramaje.

Honorato se acercó. Sofía y María hicieron lo mismo. Y el claro de luna caía sobre el grupo. Era una corriente blanca, pura, tranquila, un destello de la inmensidad que llegaba, iluminando las cuatro cabecitas, resplandeciendo en los ojos, imprimiendo en el alma la voz del infinito.

HORACIO QUIROGA



los desterrados

La trayectoria narrativa de Horacio Quiroga (1878-1937) va desde el desencuadernado modernismo de su libro inicial, *Los arrecifes de coral* (1900), hasta la madurez narrativa de *Los desterrados* (1926). En 1903, acompañó la expedición a las Misiones Jesuíticas dirigida por Leopoldo Lugones. Unos años después, se radicó en San Ignacio. El conocimiento del ambiente misionero fue decisivo para su obra. En sus etapas creadoras iniciales, su obra revela netamente la influencia de Edgar A. Poe. Lo sigue, y, como él, se complace en lo espeluznante e incluso lo morboso. Cuentos como *El almohadón de plumas* y *La gallina degollada* tipifican este modo quiroguiano. Son los cuentos que el autor mismo calificó como cuentos "de efecto" y pospuso, en cuanto valor literario, a los que llamaba "historias a puño limpio" o cuentos "de monte". El puñado de cuentos de monte escritos a puño limpio, entre los que se encuentra el que este libro recoge, constituye la parte realmente perdurable de la obra de Quiroga.

M

isiones, como toda región de frontera, es rica en tipos pintorescos. Suelen serlo extraordinariamente, aquellos que a semejanza de las bolas de billar, han nacido con efecto. Tocaban normalmente banda, y emprenden los rumbos más inesperados. Así Juan Brown, que habiendo ido por sólo unas horas a mirar las ruinas, se quedó 25 años allá; el doctor Else, a quien la destilación de naranjas llevó a confundir a su hija con una rata; el químico Rivet, que se extinguió como una lámpara, demasiado repleto de alcohol carburado; y tantos otros que, gracias al efecto, reaccionaron del modo más imprevisto.

En los tiempos heroicos del obraje y la yerba mate, el Alto Paraná sirvió de campo de acción a algunos tipos riquísimos de color; dos o tres de los cuales alcanzamos a conocer nosotros, treinta años después.

Figura a la cabeza de aquéllos un bandolero de un desenfado tan grande en cuestión de vidas humanas, que probaba sus winchesters sobre el primer transeúnte. Era correntino, y las costumbres y habla de su patria formaban parte de su carne misma. Llamábase Sidney Fitz Patrick, y poseía una cultura superior a la de un egresado de Oxford.

A la misma época pertenece el cacique Pedrito, cuyas indiadas mansas compraron en los obrajes los primeros pantalones. Nadie le había oído a este cacique de faz poco india, una palabra en lengua cristiana, hasta el día en que al lado de un hombre que silbaba una aria de la Traviata, el cacique prestó un momento atención, diciendo luego en perfecto castellano:

—Traviata... Yo asistí a su estreno en Montevideo, el 59...

Naturalmente ni aún en las regiones del oro o el caucho abundan tipos de este romántico color. Pero en las primeras avanzadas de la civi-

lización al norte del Iguazú, actuaron algunas figuras nada despreciables, cuando los obrajes y campamentos de yerba del Guayra se abastecían por medio de grandes lanchones izados durante meses y meses a la sirga contra una corriente de infierno, y hundidos hasta la borda bajo el peso de mercancías averiadas, charques, mulas y hombres, que a su vez tiraban como forzados, y que alguna vez regresaron solos sobre diez tacuaras a la deriva, dejando a la embarcación en el más grande silencio.

De estos primeros mensús formó parte el negro Joao Pedro, uno de los tipos de aquella época que alcanzaron hasta nosotros.

Joao Pedro había desembocado un medio día del monte con el pantalón arremangado sobre la rodilla, y el grado de general, al frente de 8 o 10 brasileños en el mismo estado de su jefe.

En aquel tiempo —como ahora— el Brasil desbordaba sobre Misiones, a cada revolución, hordas fugitivas cuyos machetes no siempre concluían de enjugarse en tierra extranjera. Joao Pedro, mísero soldado, debía a su gran conocimiento del monte su ascenso a general. En tales condiciones, y después de semanas de bosque virgen que los fugitivos habían perforado como diminutos ratones, los brasileños guiñaron los ojos enceguecidos ante el Paraná, en cuyas aguas albeantes hasta hacer doler los ojos, el bosque se cortaba por fin.

Sin motivos de unión ya, los hombres se desbandaron. Joao Pedro remontó el Paraná hasta los obrajes, donde actuó breve tiempo, sin mayores peripecias para si mismo. Y advertimos esto último, porque cuando un tiempo después Joao Pedro acompañó a un agrimensor hasta el interior de la selva, concluyó en esta forma y en esta lengua de frontera el relato del viaje.

—Después tivemos um disgustos... E dos dois volvió um solo.

Durante algunos años, luego, cuidó del ganado de un extranjero, allá en los pastizales de la sierra, con el exclusivo objeto de obtener sal gratuita para cebar los barreros de caza, y atraer tigres. El propietario notó al fin que sus terneras morían como exprofeso enfermas en lugares estratégicos para cazar tigres, y tuvo palabras duras para su capataz. Este no respondió en el momento; pero al día siguiente los pobladores hallaban en la picada al extranjero, terriblemente azotado a machetazos, como quien cancha yerba de plano.

También esta vez fue breve la confidencia de nuestro hombre:

Olvidóse de que eu era home como ele... E canchel e francéis.

El propietario era italiano; pero lo mismo daba, pues la nacionalidad atribuída por Joao Pedro era entonces genérica para todos los extranjeros.

Años después, y sin motivo alguno que explique el cambio de país, hallamos al ex general dirigiéndose a una estancia del Iberá, cuyo dueño gozaba fama de pagar de extraño modo a los peones que reclamaban su sueldo.

Joao Pedro ofreció sus servicios que el estanciero aceptó en estos términos:

—A vos, negro, por tus motas, te voy a pagar dos pesos y la rapadura. No te olvidés de venir a cobrar a fin de mes.

Joao Pedro salió mirándolo de reojo; y cuando a fin de mes fue a cobrar su sueldo, el dueño de la estancia le dijo:

—Tendé la mano, negro, y apretá fuerte.

Y abriendo el cajón de la mesa, le descargó encima el revólver.

Joao Pedro salió corriendo con su patrón detrás que lo tiroteaba, hasta lograr hundirse en una laguna de aguas podridas, donde arrastrándose bajo los camalotes y pajas, pudo al-

canzar un tacurú que se alzaba en el centro como un cono.

Guareciéndose tras él, el brasileño esperó, atisbando a su patrón con un ojo.

—No te movás, moreno —le gritó el otro que había concluído las municiones.

Joao Pedro no se movió, pues tras él el Iberá borbotaba hasta el infinito. Y cuando asomó de nuevo la nariz, vio a su patrón que regresaba al galope con el winchester cogido por el medio.

Comenzó entonces para el brasileño una prolija tarea, pues el otro corría a caballo buscando hacer blanco en el negro, y éste giraba a la par alrededor del tacurú, esquivando el tiro.

—Ahí va tu sueldo, macaco, —gritaba el estanciero al galope. Y la cúspide del tacurú volaba en pedazos.

Llegó un momento en que Joao Pedro no pudo sostenerse más, y en un instante propicio se hundió de espaldas en el agua pestilente, con los labios estirados a flor de camalotes y mosquitos, para respirar. El otro, al paso ahora, giraba alrededor de la laguna buscando al negro. Al fin se retiró, silbando en voz baja y con las riendas sueltas sobre la cruz del caballo.

En la alta noche el brasileño abordó el ribazo de la laguna, hinchado y tiritando, y huyó de la estancia, poco satisfecho al parecer del pago de su patrón, pues se detuvo en el monte a conversar con otros peones prófugos, a quienes se debía también dos pesos y la rapadura. Dichos peones llevaban una vida casi independiente, de día en el monte, y de noche en los caminos.

Pero como no podían olvidar a su ex patrón, resolvieron jugar entre ellos a la suerte el cobro de sus sueldos, recayendo dicha misión en el negro Joao Pedro, quien se encaminó por segunda vez a la estancia, montado en una mula.

Felizmente —pues ni uno ni otro desdeñaban la entrevista—, el peón y su patrón se encontraron; éste con su revólver al cinto, aquél con su pistola en la pretina.

Ambos detuvieron sus cabalgaduras a veinte metros.

—Está bien, moreno —dijo el patrón—. Venías a cobrar tu sueldo? Te voy a pagar en seguida.

—Eu vengo —respondió Joao Pedro,— a quitar a vocé de en medio. Atire vocé primeiro, e nao erre.

—Me gusta, macaco. Sujetate entonces bien las motas...

—Atire.

—Pois nao? —dijo aquél.

—Pois é —asintió el negro, sacando la pistola. El estanciero apuntó, erró el tiro. Y también esta vez, de los dos hombres, regresó uno solo.

El otro tipo pintoresco que alcanzó hasta nosotros, era también brasileño, como lo fueron casi todos los primeros pobladores de Misiones. Se le conoció siempre por Tirafofo, sin que nadie haya sabido de él nombre otro alguno, ni aún la policía, cuyo dintel por otro lado nunca llegó a pisar.

Merece este detalle mención, porque a pesar de haber sorbido nuestro hombre más alcohol del que pueden soportar tres jóvenes fuertes, logró siempre esquivar, fresco o borracho, el brazo de los agentes.

Las chacotas que levantan la caña en las bailantas del Alto Paraná, no son cosa de broma. Un machete de monte, animado de un revés de muñeca de mensú, parte hasta el bulbo el cráneo de un jabalí; y una vez, tras un mostrador, hemos visto al mismo machete, y del mismo revés, quebrar como una caña el antebrazo de un hombre, después de haber cortado

limpiamente en su vuelo el acero de una trampa de ratas, que pendía del techo.

Si en broma de esta especie o en otras más ligeras, Tirafofo fue alguna vez actor, la policía lo ignora. Viejo ya, esta circunstancia le hacía reír, al recordarla por cualquier motivo.

—¡Eu nunca estive na policía!

Por sobre todas sus actividades, fue domador. En los primeros tiempos del obraje se llevaba allá mulas chúcaras, y Tirafofo iba con ellas. Para domar, no había entonces más espacio que los rozados de la playa, y presto las mulas de Tirafofo partían a estrellarse contra los árboles o caían en los barrancos, con el domador debajo. Sus costillas se habían roto y soldado infinidad de veces, sin que su propietario guardara por ello el menor rencor a las mulas.

—¡Eu gosto mesmo —decía,— de lidiar con elas!

El optimismo era su cualidad específica, hallaba siempre ocasión de manifestar su satisfacción de haber vivido tanto tiempo. Una de sus vanidades era el pertenecer a los antiguos pobladores de la región, que solíamos recordar con agrado.

—¡Eu só antiguo! —exclamaba, riendo y estirando desmesuradamente el cuello adelante. —¡Antiguo!

En el período de las plantaciones reconocíasele desde lejos por sus hábitos para carpir mandioca. Este trabajo, a pleno sol de verano, y en hondonadas a veces donde no llega un soplo de aire, se lleva a cabo en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde. Desde las once a las dos, el paisaje se calcina solitario en un vaho de fuego.

Estas eran las horas que elegía Tirafofo para carpir descalzo la mandioca. Quitábase la camisa, arremangábase el calzoncillo por encima de la rodilla, y sin más protección que la de

su sombrero orlado entre paño y cinta de pu-
chos de chala, se doblaba a carpir concienzuda-
mente su mandioca, con la espalda deslum-
brante de sudor y reflejos.

Cuando los peones volvían de nuevo al tra-
bajo a favor del ambiente ya respirable, Tira-
fego había concluido el suyo. Recogía la azada,
quitaba un pucho de su sombrero, y se retiraba
fumando y satisfecho.

—¡Eu gosto —decía— de poner os yuyos
pés arriba o sol!

En la época en que yo llegué allá, solíamos
hallar al paso a un negro muy viejo y flaquísi-
mo, que caminaba con dificultad y saludaba
siempre con su trémulo "Bon día, patrón", qui-
tándose humildemente el sombrero ante cual-
quiera.

Era Joao Pedro.

Vivía en un rancho, lo más pequeño y la-
mentable que puede verse en el género, aun en
un país de obrajes, al borde de un territorio ane-
gadizo de propiedad ajena. Todas las primave-
ras sembraba un poco de arroz —que todos los
veranos perdía—, y las cuatro mandiocas in-
dispensables para subsistir, y cuyo cuidado le
llevaba todo el año, arrastrando las piernas.

Sus fuerzas no daban para más.

En el mismo tiempo, Tirafofo no carpía
más para los vecinos. Aceptaba todavía algún
trabajo de lonja que tardaba meses en entregar,
y no se vanagloriaba ya de ser antiguo en un
país totalmente transformado.

Las costumbres, en efecto; la población y el
aspecto mismo del país, distaban, como la rea-
lidad de un sueño, de los primeros tiempos vír-
genes, cuando no había límite para la extensión
de los rozados, y éstos se efectuaban entre to-
dos y para todos, por el sistema cooperativo.
No se conocía antes la moneda, ni el Código Ru-
ral, ni las tranqueras con candado, ni los bre-

ches. Desde el Pequiri al Paraná, todo era Brasil y lengua materna, —hasta con los francéís de Posadas.

Ahora el país era distinto, nuevo, extraño y difícil. Y ellos, Tirafofo y Joao Pedro, estaban ya muy viejos para reconocerse en él.

El primero había alcanzado los ochenta años, y Joao Pedro sobrepasaba de esa edad.

El enfriamiento del uno, al que el primer día nublado relegaba a quemarse las rodillas y las manos junto al fuego, y las articulaciones endurecidas del otro, hiciéronles acordarse por fin, en aquel medio hostil, del dulce calor de la madre patria.

—E, —decía Joao Pedro a su compatriota, mientras se resguardaban ambos del humo con la mano—. Estemos lejos de nossa terra, seu Tirá... E un día temos de morrer.

—E, —asentía Tirafofo, moviendo a su vez la cabeza—. Temos de morrer, seu Joao... E longe da terra...

Visitábanse ahora con frecuencia, y tomaban mate en silencio, enmudecidos por aquella tardía sed de la patria. Algún recuerdo, nimio por lo común, subía a veces a los labios de alguno de ellos, suscitado por el calor de hogar.

—Havíamos na casa dois vacas... —decía el uno muy lentamente. —E eu brinqué mesmo con os cachorros de papae...

—Pois nao, seu Joao... —apoyaba el otro, manteniendo fijos en el fuego sus ojos en que se reflejaba una ternura casi infantil.

—E eu me lembro de todo... E de mamae... A mamae moza...

Las tardes pasaban de este modo, perdidos ambos de extrañeza en la flamante Misiones.

Para mayor extravío, iniciábase en aquellos días el movimiento obrero, en una región que no conserva del pasado jesuístico sino dos dogmas: la esclavitud del trabajo, para el nativo,

y la inviolabilidad del patrón. Viéronse huelgas de peones que esperaban a Boycott, como a un personaje de Posadas, y manifestaciones encabezadas por un bolichero a caballo que llevaba la bandera roja, mientras los peones analfabetos cantaban apretándose alrededor de uno de ellos, para poder leer la Internacional que aquél mantenía en alto. Viéronse detenciones sin que la caña fuera su motivo, y hasta se vió la muerte de un sahib.

Joao Pedro, vecino del pueblo, comprendió de todo esto menos aún que el bolichero de trapo rojo, y aterido por el otoño ya avanzado, se encaminó a la costa del Paraná.

También Tirafofo había sacudido la cabeza ante los nuevos acontecimientos. Y bajo su influjo, y el del viento frío que rechazaba el humo, los dos proscriptos sintieron por fin concretarse los recuerdos natales que acudían a sus mentes con la facilidad y transparencia de los de una criatura.

—¡Seu Tirá! dijo de pronto Joao Pedro, con lágrimas fluidísimas a lo largo de sus viejos carrillos. —Eu nao quero morrer sin ver a minha terra... E muito longe o que eu tengo vivido...

A lo que Tirafofo respondió:

—Agora mesmo eu tenía pensado proponer a você... Agora mesmo, seu Joao Pedro... eu vía na cinza a casinha... O pinto bataraz de que eu so cuidé!...

Y con un puchero, tan fluído como las lágrimas de su compatriota, balbuceó:

—Eu quero ir lá!... A nosso terra é lá, seu Joao Pedro!... A mamae do velho Tirafofo...

El viaje, de este modo, quedó resuelto. Y no hubo en cruzado alguno, mayor fe y entusiasmo que los de aquellos dos desterrados casi caducos, en viaje hacia su tierra natal.

Los preparativos fueron breves, pues breve era lo que dejaban y lo que podían llevar consi-

go. Plan, en verdad, no poseían ninguno, si no es el marchar perseverante, ciego y luminoso a la vez, como de sonámbulos, y que los acercaba día a día a la ansiada patria. Los recuerdos de la edad infantil subían a sus mentes con exclusión de la gravedad del momento. Y caminando, y sobre todo cuando acampaban de noche uno y otro partían en detalles de la memoria que parecían dulces novedades, a juzgar por el temblor de la voz.

—Eu nunca dije para vocé, seu Tirá... ¡O meu irmao más piqueno estuvo uma vez muito doente!

O, si no, junto al fuego, con una sonrisa que había acudido ya a los labios desde largo rato:

—O mate de papae cayóse uma vez de mim... ¡E batióme, seu Joao!

Iban así, riquísimos de ternura y cansancio, pues la sierra central de Misiones no es propicia al paso de los viejos desterrados. Su instinto y conocimiento del bosque proporcionábales el sustento y el rumbo por los senderos menos escarpados.

Pronto, sin embargo, debieron internarse en el monte cerrado, pues había comenzado uno de esos períodos de grandes lluvias que inundan la selva de vapores entre uno y otro chaparrón, y transforman las picadas en sonantes torrentes de agua roja.

Aunque bajo el bosque virgen, y por violentos que sean los diluvios, el agua no corre jamás sobre la capa de humus, la miseria y la humedad ambiente no favorecen tampoco el bienestar de los que avanzan por él. Llegó, pues, una mañana en que los dos viejos proscriptos, abatidos por la consunción y la fiebre, no pudieron ponerse en pie.

Desde la cumbre en que se hallaban, y al primer rayo de sol que rompía tardísimo la niebla, Tirafofo, con un resto más de vida que su

compañero, alzó los ojos, reconociendo los pinares nativos. Allá lejos vió en el valle, por entre los altos pinos, un viejo rozado cuyo dulce verde llenábase de luz entre las sombrías araucarias.

—¡Seu Joao! —murmuró, sosteniéndose apenas sobre los puños.— ¡E a terra o que você pode ver lá! ¡Temos chegado, seu Joao Pedro!

Al oír ésto, Joao Pedro abrió los ojos, fijándolos inmóviles en el vacío, por largo rato.

—Eu cheguei ya, meu compatricio... —dijo.

—Eu vi a terra... E lá... —murmuraba.

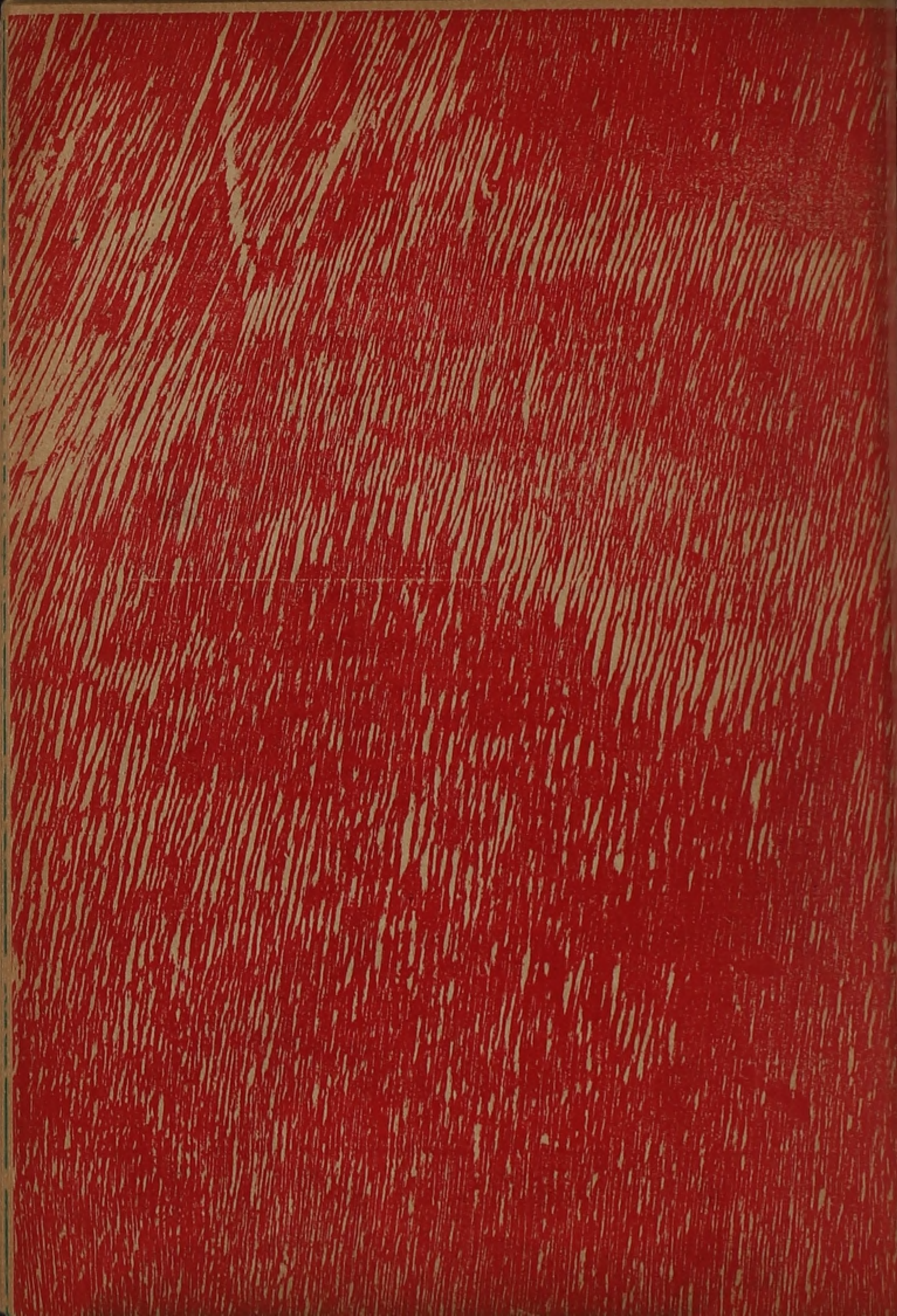
—Eu cheguei —respondió todavía el moribundo.— Você viu a terra. E eu está lá.

—O que é... Seu Joao Pedro —dijo Tirafo-go —o que é, é que você está de morrer... Você nao chegou!

Joao Pedro no respondió esta vez. Ya había llegado.

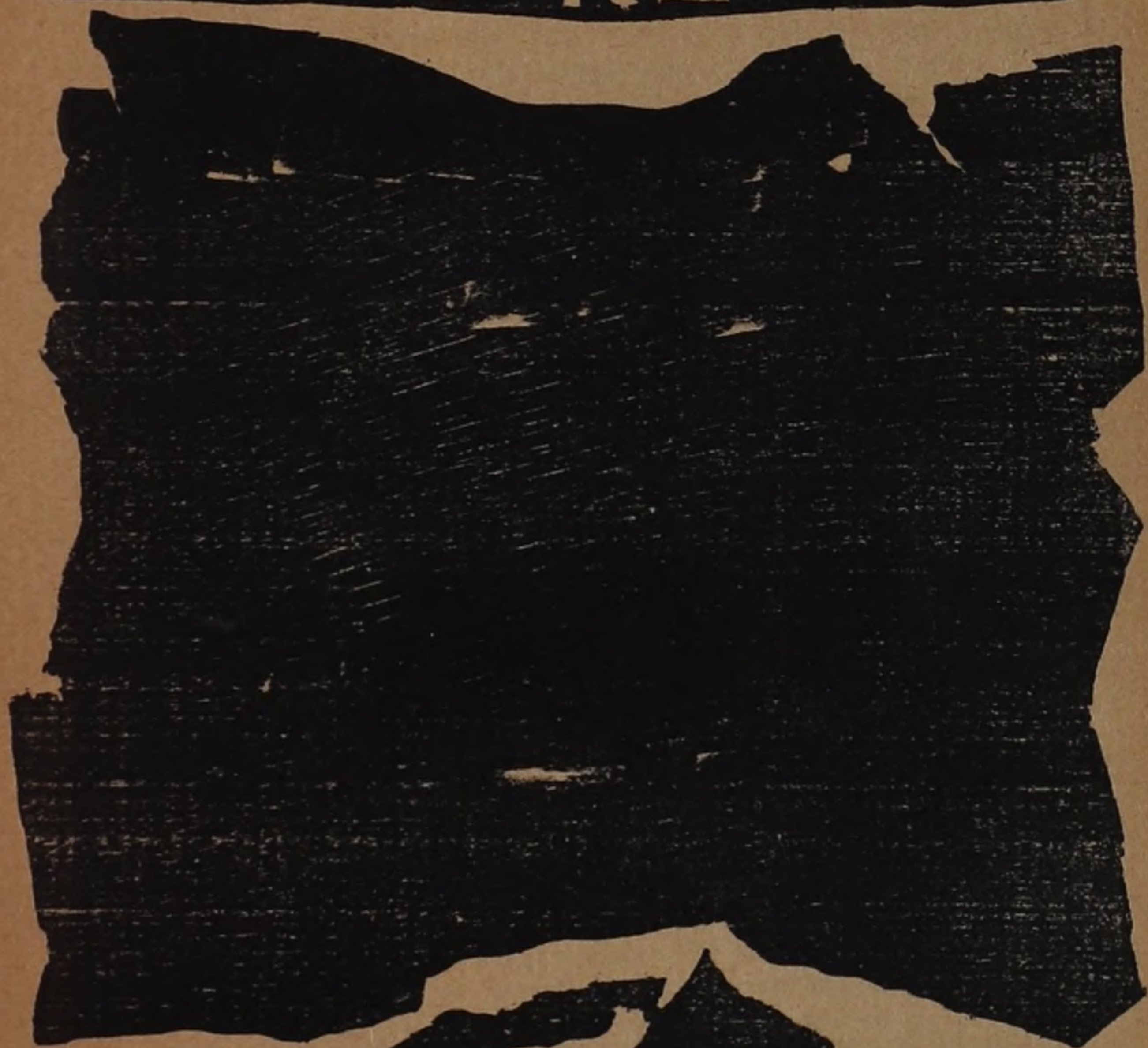
Durante largo tiempo Tirafo go quedó tendido de cara contra el suelo mojado, removiendo de tarde en tarde los labios. Al fin abrió los ojos, y sus facciones se agrandaron de pronto en una expresión de infantil alborozo:

—¡Ya cheguei, mamae!... O Joao Pedro tinha razão... ¡Vou con ele!...



MAN'SILLA

CARLOS REYLES



De nuestros escritores del 900 quizás la figura más compleja sea la de Carlos Reyles (1868-1938). Escribió cuentos, novelas, ensayos y obras de teatro. A pesar de que la fuerte personalidad del autor le impone una sólida unidad, toda su obra revela muy varios intereses intelectuales, a los que no fue ajena su actividad de propulsor de la renovación de los métodos de explotación agropecuaria en nuestro país. En su narrativa va desde el análisis de la "atormetada sensibilidad fin de siglo", en sus *Academias* y *La raza de Caín* (1900), hasta la composición de un amplio cuadro de nuestra campaña, en *Beba* (1894), *El terruño* (1916) y *El gaucho Florido* (1932), pasando por el tema español, en *El embrujo de Sevilla* (1922) y el análisis de un mundo en descomposición signado por el erotismo: *A batallas de amor... campo de pluma*, novela póstumamente publicada en 1939. De sus obras ensayísticas las más importantes son *La muerte del cisne* (1910), *Diálogos olímpicos* (1818-19) e *Incitaciones* (1936). Su pensamiento engana dentro del energetismo científico materialista y postula un vitalismo ético voluntarista. *Mansilla* (1893) es el lejano antecedente de *El gaucho Florido*.

En despoblado, a pesar de la lluvia y el viento, manejándose a tientas en medio de la oscuridad reinante, lograron encender el fuego. Esta operación tan sencilla les costó grandes trabajos: tuvieron que hacer con los cuchillos un pozo en la húmeda tierra, taparlo luego para que no se anegara, con una carona que sostenían cuatro palitos a modo de columnas, y que el viento derribó dos o tres veces, y hacer después arder la escasa leña a fuerza de fósforos, sebo y pulmones. En fin, la leña ardía alegremente, y ellos gozando de cierto bienestar dentro de sus ponchos de invierno, hablaban de cosas sin importancia, mientras a lo lejos oíanse los silbidos de sus compañeros que rondaban el ganado. De vez en cuando un relámpago iluminaba con lívida luz el horizonte, haciendo surgir de las tinieblas, aquí y allá, ranchos y poblaciones de aspecto huraño, lúgubre, y entonces se veían a los novillos apretados unos contra otros, con las ancas al viento y las cabezas gachas, y a los troperos que, chorreando agua, vagaban alrededor de las bestias.

—¡Tiempo diablo, como no tengamos una disparada! — exclamó de pronto Mansilla, el capataz, mirando en dirección a la tropa.

—Yo estoy “calao” hasta los “güesos”... vida aperreada ésta — articuló Esquivel su compañero, y los dos guardaron silencio un breve rato, pensando tal vez en los trabajos y malandanzas de su fatigoso oficio.

Eran troperos del “Sauce”. Cada mes salían un par de veces de la estancia, y siguiendo el paso lento, regular y monótono del ganado, que concluía por adormecerlos, caminaban y caminaban durante días de interminables horas, soportando lo más resignadamente que les era dado, las heladas y rigores del invierno o los ardientes rayos de sol canicular, las madrugadas frías y las noches borrascosas y lóbregas,

preñadas de extraños ruidos, y en las que, entre relámpago y relámpago, eran presa frecuente de vagos terrores, que despertaban sus oscuras creencias de niños, las viejas y casi olvidadas creencias inculcadas por la bondadosa abuela junto al fogón del rancho paterno...

Al principio menos mal: los preparativos de la partida, sobre todo, tenían para ellos especial encanto. "Tusaban" y componían sus fletes mejores y más gordos; hacían, entre alegres characheos y sonoras carcajadas, el equipaje, compuesto generalmente de una muda de ropa, un par de alpargatas, el recio poncho de paño y la caldera, que llevaban sujeta bajo la barriga del caballo, prenda que junto con la toalla entre los cojinillos caracteriza al tropero; recibían mil encomiendas y encargos, y cerrándoles pierna a los pingos recién aseados, se alejaban a galope tendido de la estancia, para alcanzar a la tropa, que invariablemente pastaba por los alrededores. El cambio de vida y la relativa independencia de que gozaban lejos de los ojos del patrón, los tenía decidores y retozones los primeros días, pero después de algunas noches de ronda y de no interrumpidas marchas bajo los rayos del sol, empezaban a sentirse incómodos y a cambiar de postura sobre el recado, cuyos "pellones" despedían fuego.

La mayor parte de las horas se las llevaban dormitando al compás del fatigoso "jopa-jopa" con que arreaban a las reses, y el resto en un estado de flojera y modorra tales, que los hacía recorrer inmensas zonas de varios paisajes sin que ellos vieran otra cosa, y eso confusamente, que lo que tenían delante de los ojos, allá, muy lejos, en un punto perdido del horizonte. De tarde en tarde, alzaban la vista para seguir el reposado vuelo de una cigüeña, y luego volvían a canturrear el "jopa-jopa" y a adormilarse nuevamente. Algunas veces, muy raras

apartábanse de la tropa con el ánimo de tomar un mate de a caballo en algún rancho conocido o se apeaban en una "pulpería", para engullir, mirando los barrotes de hierro del mostrador y los artículos suspendidos del techo y cubiertos de polvo y telarañas, media libra de pasas de higo y nueces remojadas con vino seco, pero lo general era que sólo interrumpiese la monotonía de aquella existencia nómada, el vadeamiento de algún río, siempre peligroso, o una "disparada" del ganado, en la que no era extraño que alguno se perniquebrase o pereciera. Había muchos ejemplos de ello. Casualmente Mansilla recordando lo que en aquel mismo sitio le había acaecido dos años antes, dijo, dando vuelta al "churrasco" que se asaba en las brasas:

—Le tengo miedo a la novillada ésta; todavía nos va a pegar un susto. ¿Se acuerda, aparcerero, hace dos años aquí?... ¡disparada bárbara aquélla! — y dejándose llevar de la natural y animada locuacidad del paisano, agregó accionando mucho: —Yo gané la punta, y como iba bien "montao" le jugué risa; pero de repente, ¡qué iba a pensar en eso, si iba mirando "pa" atrás! pegó mi overo la pechada contra un "alambrao" y me "voló" lejos. Esa fue mi suerte; si caigo cerca no cuento el cuento, como el pobre "Benjasmín".

El suceso ocurrió de madrugada, al ponerse en marcha. Los novillos caminaban tranquilamente, pero de pronto, asustados por la brusca aparición de un avestruz, bufaron de espanto y emprendieron la fuga. Uno de los peones que corría delante, tuvo la malhadada suerte de rodar y fue realmente mutilado entre las pezuñas de las reses.

—El pobre indio salió "parao" — dijo el compañero de Mansilla, — pero allí no más lo alcanzó una res en el "garrón" y lo "desjarre-

tó". "Dende" que lo "vide" caer lo conté entre los muertos. Cuando sujetamos la novillada y vinimos a recogerlo estaba como hecho pica-dillo.

Echóse el sombrero a la nuca, dejando que la luz iluminara de lleno su rostro curtido por el sol, y agregó, triste, pero resignadamente, reflexionando en que las escasas monedas ganadas por ellos en aquella ruda tarea, se les escurrían de las manos no bien llegaban a "Tablada":

—Y todo para no salir de pobres.

Mansilla hizo un gesto de asentimiento y los dos callaron de nuevo.

Después de dos o tres días de fiesta y jolgorio en el Paso del Molino, y de comprar algunas relumbrantes baratijas en las tiendas y "platerías", estas últimas abiertas para ellos nada más, como las trampas para los ratones, regresaban al "Sauce" con los cintos vacíos, pero eso sí, muy bien trajeados y cargados de pañuelos de seda y frascos de olor con que "quedar bien" entre sus conocimientos femeninos. Había quien se gastaba mes a mes el producto entero de su trabajo, en componerse, alhajarse y parecer galante. Y lo hacían por pueril vanidad, por no ser menos que los otros. Sobre todo los que "tropeaban" con Mansilla, contagiados con la liberalidad de éste y el deseo de imitarlo en el vestir, se veían en serios apuros para salvar algunos reales en cada viaje. Mansilla era para ellos el prototipo del gaucho por excelencia, el modelo del criollo que ellos tenían metido en el magín: alegre, decidor, buen compañero en toda suerte de lances, advertido y "camperazo". Y por modelo también era tenido fuera de la estancia; por eso no le llamaban Mansilla a secas, sino el "gaucho Mansilla", como si quisieran expresar que era, más que una persona, un "hombre-tipo", un ser característico que lle-

vaba en sí "aquello" que distinguía a una raza que iba desapareciendo ya.

Recibíanlo en todos los ranchos en que se apeaba a su regreso de la ciudad, con no disimulado gozo; su franca charla y estruendosa alegría eran gustadas como manjar apetitoso que se saborea de tarde en tarde, casi como favor del cielo... ¡Se reía tan franca y abiertamente, que aquello era una bendición! Además, donde quiera que estuviese veíase la vihuela, y a falta de música, su charla retozona que llenaba de júbilo hasta a los más díscolos y retraídos. Los viejos se complacían en repetir sus dichos y chuscadas, y las mozas lo nombraban riendo y haciéndose guiños, al recuerdo de las "cosazas", que a hurto de sus padres les decía al oído.

Con estas cualidades no es de extrañar que sus compañeros tratasen de seguirle los pasos en todo y aun de sobrepujarlo en aquello de ir de rancho en rancho, obsequiando a las mozas y conquistándose voluntades, lo cual les costaba muy buenos dineros, sin que obtuvieran los favores que Mansilla, ni la general estimación que éste gozaba; pero donde se arruinaban verdaderamente, era en el empeño tenaz que ponían en vestirse como él y en usar las mismas prendas. Todos ambicionaban tener estribos de "campana", cintos con "pasadores" de oro, riendas con virolas de plata: quién se perecía por copiarle los "punteaos" y floreos que ejecutaba en la vihuela, y quien le tomaba los puntos en el sentarse a caballo y jinetear de "pierna abierta" el potro más fiero. A muchos conducía su servil imitación hasta ponerse el "gacho" sobre las cejas como él, y a llevar el chiripá de merino negro con franja colorada, medio arrastrando por los talones, como Mansilla lo usaba para darse el vanidoso gusto de picarlo en las espuelas... Interiormente se avergon-

zaban de ser tan presumidos y gastadores, pero mirándose en las tranquilas y limpias aguas de los arroyos: —“De todos modos no hemos de salir de pobres”, decían y sonreían satisfechos.

—Yo pienso “pegar la sentada” — dijo Mansilla, rompiendo el prolongado silencio en que habían caído, y su rostro simpático se iluminó como el de quien se dispone a hablar de asuntos muy íntimos y queridos.

—Pronto no voy a ser solo... hay que mirar pa' adelante — y sonriendo hasta mostrar sus dientes iguales, un poco grandes y apretados, cuya blancura resaltaba sobre las rojas encías que también descubría al reír, añadió: —¿No adivina, aparcerero?...

Pero Esquivel, por toda respuesta, le dirigió una mirada indiferente, echándose después el sombrero sobre los ojos, como si quisiera huir de las interrogadoras miradas de Mansilla, el cual, sin notarlo, prosiguió:

—A usted quiero confesárselo antes que a nadie; sí, aparcerero, he decidido tomar estado.

Silencio glacial. —“¿Por qué, qué quiere decir eso?” — se preguntó viendo que su amigo lo escuchaba sin darle muestra de simpatía ni siquiera de interés, encerrado en un silencio a todas luces hostil. No le parecía bien”, — y al decírselo sintióse apenado por una desazón extraña, y la sonrisa huyó de sus labios.

En silencio cortó un trozo de churrasco, y después de comer algunos bocados, dijo resueltamente:

—Parece que la noticia no ha sido muy de su agrado: ¿no es de su gusto la moza o qué?

Esquivel, eludiendo la pregunta y con tono sentencioso, dejó caer estas palabras:

—El hombre ha de picar de flor en flor y volar.

Y entonces él, precisamente porque com-

prendía que su compañero no miraba con buenos ojos a Margarita, empezó a ponderársela y a explicarle lo muy obligado que le estaba. — Hablóle de lo buena, económica y laboriosa que era y de lo mucho que parecía quererlo, y concluyó diciéndole que el mismo patrón, aquilatando las perfecciones de la moza, le había aconsejado que se casase.

Al llegar a este punto, tornó Esquivel a dirigirle la mirada fría, casi irónica de antes, y luego, encogiéndose de hombros, repuso:

—Usted es mayor de edad; haga lo que quiera; pero ya le digo: el hombre debe picar de flor en flor y volar.

Mansilla no pudo menos que reírse de la seriedad de su amigo.

—Despáchese, aparcero — le dijo; — usted tiene algo en el buche, suelte prenda de una vez y déjese de andar con rodeos, que a mí no me asustan sombras.

A lo cual contestó Esquivel apeándose de su actitud reservada y mirándolo frente a frente:

—Todas las mujeres son de la “misma” lava; yo aparcero, soy más viejo que usted y las he “experimentao”. Para mí la suya le anda jugando sucio: ahí tiene lo que tenía en la garganta; yo soy su amigo y cumplo diciéndoselo.

Con las espesas cejas enarcadas y dilatadas las ventanillas de la aguileña nariz, miró Mansilla a su amigo un instante, y luego, haciendo un violento esfuerzo para domar la expresión fiera que le afeaba el rostro, dijo con voz ronca y temblona:

—Usted es mi aparcero y puede decirme lo que quiera... si hubiera sido otro, a estas horas nos habíamos roto los cuernos. Sepa que mi china no es como las demás... Mangacha es Mangacha, y como Mangacha no hay otra.

Como era la hora de relevar a los peones, Esquivel se dirigió a su caballo.

—Está bueno, yo decía lo “mesmo” de Nicolasa — repuso al montar, y después agregó para su capote, mientras que al trotecito se alejaba del fogón: “Bicho zonzo el cristiano cuando se enamora”.

Pocos momentos más tarde, Mansilla con el sombrero en la mano y al aire la revuelta melena, montaba también y se perdía en la oscuridad. Esa noche no dormitó sobre el caballo como otras veces; hasta el amanecer oyeron sus silbidos los peones y lo vieron vagar alrededor de la tropa, pasando por delante de ellos sin proferir palabra, como alma en pena.

Al salir el sol entraron en Tablada.

Un cuarto de legua antes, en la costa de un arroyo, Mansilla echó pie a tierra y debajo del poncho se mudó de ropa, como hacía siempre en aquel paraje; dióle un buen limpión, con la arena mojada a los estribos, riendas y freno, y atándole la cola a su pingo tornó a montar entrando en Tablada tan risueño y feliz como siempre, repartiendo saludos y sonrisas a diestra y siniestra.

—¿Qué dice el gaucho Mansilla? — le gritó uno de los compradores; — parece que ha bañado a sus novillos; ¿están muy crecidos esos arroyos?

—Regular: a los patos les da “pue” el pecho; — y después de esta chuscada, acordándose súbitamente por una inexplicable ligazón de ideas, de las palabras de Esquivel, pensó; — “¿Por qué me habrá dicho eso mi aparcero?... y cuando él me lo ha dicho... ¡Ay Mangacha, Mangacha!” — y siguió bromeando con los compradores, que ya lo habían rodeado dispuestos a echar un rato de palique.

Como la escasez de ganado era mucha, la tropa se vendió ese mismo día, y Mansilla pu-

do verse libre antes de lo que esperaba. Arregló sus cuentas con el vendedor de las haciendas del Sauce, y capataz y peones se dirigieron al Paso del Molino a gastar alegremente el dinero ganado en el viaje. Pero esta vez él tenía otras miras: iba a comprar el regalo de bodas. Separóse de sus compañeros y se dirigió a una de las más lujosas platerías. Desde el primer momento lo sedujo una gargantilla de filigrana de plata, un trabajo florentino por el cual le pidieron treinta pesos, diez más de los que él tenía; pero como era parroquiano, el platero no tuvo inconveniente en fiarle el resto, y Mansilla se vió en posesión de la bonita alhaja.

“Le va a quedar que ni pintada” — se dijo dos o tres veces, de regreso a la fonda, acariciando mentalmente el cuello morado y bien torneado de Mangacha; pero al divisar a Esquivel en la puerta, y sobre todo, al sentir sobre sí la mirada escrutadora de éste, volvió a sentirse molesto y a ser atormentado por la duda. “¿Y si me jugara sucio?... ¿pero puede ser eso verdad?” — y pensando así, le acometió el vehemente deseo, el fortísimo antojo de regresar para verla, porque viéndola se figuraba que se sentiría inmediatamente tranquilizado. “Sí, sí, lo mejor es verla” — se repitió varias veces.

Cuando le manifestó a los otros troperos su decisión, éstos quisieron acompañarlo, pero él se opuso tenazmente y partió solo, llevándose dos de sus caballos por delante.

A mi pobre aparcero le ha hecho dañoito la marca, — murmuró Esquivel viéndolo alejarse; — pero ¿qué le hemos de hacer? a casi todos nos pasa lo mismo; ¡malhaya sean las mujeres!

Mansilla galopó, galopó y galopó. Las dudas que antes le asaltaban de tarde en tarde, iban convirtiéndose en un pensamiento fijo, en un come-come continuo que le roía las entrañas. Al verse en despoblado quiso precisar sus ideas

que en bullicioso tumulto acudían a su cerebro llenándolo de sombras y dudas, y se dijo: "Despacito por las piedras, Mansilla; a este paso no te aguantan los mancarrones" — y pasándose la mano por la frente prosiguió:

"Vamos a ver: ¿a dónde voy yo, qué voy a hacer? Aunque Esquivel me haya dicho eso, ¿será posible que mi Mangacha me engañe?..." y se puso a pensar en los ratos pasados junto a Margarita hasta representársela tal como ella era, con los menores detalles de sus actitudes, gestos y ademanes.

La veía con los brazos al aire y un pañuelo de seda a la cabeza, lavando a orillas del arroyo, en una postura que hacía resaltar sus bellas formas, o ya sentada debajo del ombú que cobijaba el rancho, cebándole mate de leche a la vieja y sonriéndole a él, con aquella boca de expresión graciosa y pura, que era lo que más lo inclinaba a ella y lo que menos le dejaba creer ahora que le fuese infiel... "Engañarme, ¿y por qué?..." — y recordando su dulce sonrisa, agregaba: "No, no es verdad, no puede ser verdad".

En estas alternativas se le pasaron algunas horas. A eso del mediodía mudó caballo y siguió su carrera, pasando por delante de los ranchos donde acostumbraba a detenerse a galope tendido, sin mirar siquiera. "¡Ay Mangacha, Mangacha! — suspiraba, y le metía sin piedad las espuelas al caballo, sintiendo cada vez más imperiosamente la necesidad de verla. Atravesaba los llanos, escalaba los cerros, descendía las cuevas abajo a media rienda siempre, como si huyera de algún enemigo invisible o de su propia sombra.

En una estancia donde era conocido pidió un churrasco, y rehusando apearse allí, fue a asarlo en la falda de una cuchilla, lejos del ca-

mino y de las importunas miradas de los transeúntes.

Deseaba estar solo para revolver en el márgen aquello que tanto daño le hacía. Contemplando distraídamente, mientras ardía la leña, su bonito apero, cuajado de brillante plata, se preguntó vaga e inconscientemente, cómo había podido ganar bastante para adquirir aquellas costosas prendas, y a punto seguido empezó a recordar, de un modo vago también y como pensando en varias cosas a un mismo tiempo, los muchos favores que le debía al patrón.

Sin duda le había caído en gracia. A los seis u ocho meses de haber ingresado como peón, dieron en distinguirlo los superiores, confiándole algunos trabajitos y acarreos de ganado; más tarde lo hicieron puestero, y por último capataz de tropa. Y precisamente la fortuna le sonreía, él lo recordaba bien en aquellos momentos, desde el punto y hora en que entró en relaciones amorosas con Margarita. "Ella, sin duda, es mi buena estrella", — se dijo, y repitiéndose estas palabras con una insistencia ajena a su voluntad, fue poniéndose muy pálido y desencajándose su rostro, hasta adquirir una expresión idiota de sorpresa y abatimiento. "¡Si será el patrón!" — murmuró; y al través de esta cruel sospecha, que no hizo por alejar, creyó explicarse su extraña suerte en el Sauce. "Todo está más clarito que el agua", — y luego, no con la sospecha, sino con el firme convencimiento de que Margarita lo engañaba, agregó fuerte, como para oírse él mismo: "Les he servido de pantalla, he sido un zonzo..." — y parándose, pególe un puntapié al churrasco y montó de nuevo.

Mugiendo blandamente se dirigían las vacas a la querencia, y las lechuzas acompañaban con sus graznidos la lenta y dulce muerte de la tarde. Cuando cerró la noche, el gaucho Mansilla,

envuelto en las negras tintas, siguió avanzando al trotecito.

Al amanecer descubrió a lo lejos el rancho de Margarita, medio borroso, casi imperceptible entre las brumas de la mañana; perdiólo de vista en un bajo, y al aparecer de nuevo ante sus ojos le dió un vuelco el corazón. Era que perdía el único resto de esperanza: al pie del ombú escarceaba el "pangaré" de don Gonzalo. Mansilla ahogó su pena con un juramento seco y breve y se detuvo sin saber qué partido tomar; pero a los pocos instantes, sin darse cuenta de ello seguramente, atraído por inexplicable fuerza, fue acercándose al rancho.

Al verlo Margarita, que salía con la "pava" en la mano para llenarla de agua en la "cachimba", quiso huír, pero él la alcanzó y arrojándola al suelo violentamente, le puso el pie en el pescuezo, como hacía con los borregos para señalarlos con entera comodidad. Un hombre de unos cincuenta años salió entonces de la habitación, corriendo en auxilio de la infeliz.

—No te "acerqués", viejito, porque te voy a cortar, — le gritó Mansilla deteniéndolo con un suave planchazo y una torva mirada; y luego, encorvándose sobre Margarita, que gemía bajo la bota, le agarró la trenza y se la cortó a raíz de un solo tajo. Atóla a la cola de su caballo, de modo que se viera bien, y se alejó sin apurarse ni poco ni mucho, en dirección a la estancia.

—Vengo de "rabonar" una "reyuna" — les dijo a los peones al tiempo que despojaba a su caballo del bonito y valioso apero y le ponía el muy humilde con que había llegado a la estancia dos años antes.

—Esto traje y esto me llevo — agregó, disponiéndose a partir.

Los peones lo miraban suspensos, comprendiendo perfectamente por sus palabras y las her-

mosas trenzas de Margarita que todos conocían, lo que había sucedido.

—¿Adónde va, hermanito? — le preguntó cariñosamente un camarada, acercándosele.

—Qué sé yo: a rodar por ahí; la tierra es grande: — y después, dirigiéndose a todos en general, añadió: — ¡Adiós caballeros! ustedes son testigos de que el gaucho Mansilla se va como vino: con el sombrero en la nuca, — y tomó el camino del monte.

Lo que se vió solo, solo con su dolor, sin tener por qué fingir ni a quien engañar, dejóse caer del caballo, y cogiendo cariñosamente la maltratada trenza, la cubrió de lágrimas y besos. “¡Ay Mangacha, Mangacha!” — suspiraba, sintiendo que a pesar de todo, el alma se le iba tras de ella. Al través de sus lágrimas y de las retorcidas ramas de los “espinillos” veía el rancho de la ingrata, incendiado por las tintas rojas del astro magno, que flotaba en el horizonte con su acostumbrada pompa de rayos y resplandores. Trinaban los pájaros, animábase la naturaleza toda con la salida del vivificante sol... y entre tanto él se moría de pena. “¡Ay Mangacha, Mangacha!” — repetía internándose cada vez más en la espesura del monte, como venado herido que huye del ruido y la luz.



JAVIER DE VIANA

LA VENCEDURA



Javier de Viana (1868-1926) fue, durante muchos años, el más leído de los narradores uruguayos. Divulgado en ediciones populares, sus cuentos se leían en la rueda de los fogones de las estancias. Escribió mucho y desparejo. *Campo* (1896), cuentos, *Gaucha* (1899) novela, y *Gurí* (1901), que reúne varios cuentos y una novela corta, son los libros en que volcó su mayor ambición creadora. En ellos, dio una versión narrativa de lo que fue nuestra campaña entre 1870, época de la revolución de Aparicio, y los últimos años del siglo pasado. El gaucho que aparece en sus páginas, es el gaucho que mata y muere en las cuchillas durante las guerras civiles, y se corrompe durante los períodos de paz, sometido a los azares de un momento de transición. Es el gaucho que degenera. A partir de 1910, lo más característico de la obra de Javier de Viana está constituido por sus cuentos breves, de cuatro o cinco páginas. Lo mejor de esa producción se reúne en tres libros: *Macachines* (1910), *Leña seca* (1911) y *Yuyos* (1912). Centenares de esos cuentos constituyen un mundo abigarrado y pintoresco, que oscila entre lo dramático y lo humorístico. Algunos de esos cuentos son pequeñas obras maestras.

I

Continuas y copiosas habían sido las lluvias durante aquel invierno. Poco habían podido hacer los estancieros para reorganizar sus propiedades asoladas por la guerra. Los que llevaron ganados y tropilla al Brasil, regresaron con ellos flacos y enfermos. Los que tomaron parte en la lucha tenían sus campos despoblados: apenas una majadita para el consumo diario, unos cuantos jamelgos escuálidos y derrengados, y la esperanza en la primavera próxima para ver el engorde de los escasos vacunos comprados a peso de oro, a pesar de su flacura. De las huertas no quedaban más que uno que otro horcón del valladar de palo a pique, y el terreno desigual, rugoso, cuya fecundidad aprovechaban el cepa-caballo y la cicuta, la manzanilla cimarrona y el yuyo colorado. Vacíos estaban los galpones, tapizados de polvo y ornados con grandes cenefas de telarañas. Las lluvias y los vientos habían trabajado de firme en los techos de paja y en los muros de adobe de los ranchos que, respetados por el salvajismo partidario, no fueron reducidos a escombros por el fuego. En el redondel de las "mangueras" había crecido yerba, y el extenso playo que existió frente a la tranquera, cubierto de gramillas, se confundía con el terreno verde, no dejando más que una mancha blanca, a un lado, donde, en los ya distantes tiempos de labor, encendíanse los fogones para calentar los hierros de las marcas. Ya no pacía cerca de las casas el ganado tambero, ni

hozaban los porcinos, rodeados de patos y gallinas; y hasta la trillada senda que conducía a la enramada, se había casi borrado, invadida por el pasto.

Dura había sido la prueba, y duro debía ser el trabajo para recuperar lo perdido. El país era un enfermo que entraba en convalecencia tras los sacudimientos de dos años de convulsiones histéricas que agotaron sus fuerzas.

Firmada la paz, restablecido el orden, se apagó en las cuchillas el rebramar de las contien-
das, quedó el campo en silencio, y los jefes-
pastores, deponiendo las armas, volvieron a sus hogares, como vuelven al cauce las aguas del río desbordado después de devastar llanuras.

Cuando don Marcial Rodríguez llegó a su estancia del Sauce, no encontró más que cuatro montones de escombros, dos higueras y un ombú. Todo había sido arrasado, devorado por el fuego: las habitaciones de la familia, cuyos muros de piedra yacían en forma de montículo, cubierto de cenizas y carbones; los grandes ranchos de palo a pique donde dormía la peonada; el secular galpón de postes de coronilla clavados por el abuelo, y hasta la antiquísima cocina que ostentaba con orgullo espeso revoque de hollín. Culebras y lagartos habían tomado posesión de todo y se señoreaban en los escombros sin rece-
los ni peligros. En el campo, entre pastizales in-
mensos, corrían libres, enarcando el cuello y sueltas al viento las pobladas crines, numerosas manadas de yeguas cerriles; y de entre los bosques del chilca, solían verse las largas corna-
mentas de un grupo de toros montaraces que, aprovechando el silencio, se habían atrevido a abandonar las lobregueces de los potriles. Después, ni un solo caballo, ni una oveja, ni una le-
chera. La carreta de bueyes, la rastra y el ba-
rril del agua, las herramientas de labranza, las marcas, todo lo que no se pudo robar había pe-

recido en el incendio del galpón. Para que la estancia ofreciera el más completo aspecto de ruina, hasta los postes del palenque, de la manguera y del corral de las ovejas fueron arrancados a cincha de caballo. La partida que pasó por allí había trabajado con verdadera furia destructora: fue un huracán que no dejó nada en pie. En medio de tanta desolación, sólo el ombú se erguía siempre verde, siempre sereno e inmutable, como testigo sensible que ve pasar por su lado los años y los acontecimientos sin que los unos le dañen ni los otros le preocupen.

Don Marcial, acompañado de su hijo Juan, de dos amigos que fueron sus oficiales subalternos en la pasada lucha, y de Luis, —un pardo fiel que le sirvió de asistente—, emprendió con ánimo sereno la tarea siempre penosa de reconstruir lo destruído.

A la buena de Dios, con troncos de sauce y brazadas de totora levantóse un rancho que sirvió de albergue a los cuatro; luego, del mismo modo, se hizo la cocina; todo esto sin descuidar las faenas del campo, el aparte en la estancia de un almacenero gallego, a quien se compró un ganadito y una majada no muy buena, ni muy nueva, ni muy gorda, pero a buen precio.

—Hay que arreglar bien las cosas, hay que volver a empezar, porque esto es rancho de negros, —había dicho el patrón, sin ocultar la tristeza que le producía el ver convertida en miserable ruina la casa de sus mayores. Y el primer día bueno fueron todos al monte a cortar coronillas, que labraron y clavarón formando un gran rectángulo que debía constituir el galpón.

Se trabajó con ahinco, y en pocos días estaba armado: sólo faltaba la paja brava para el techo y esperaban mejores días para comenzar el corte.

mientras “amargueaban”, don Marcial, mirando el cielo, dijo:

—Parece que se ha sentado el tiempo y sería güeno encomenzar a cortar paja pa que se vaya oriando.

Y luego, dirigiéndose a su hijo:

—¿No has estao por el baño del Sauce?

—No, tata, —respondió el aludido—; pero se mi'hace que ha 'e estar muy lleno entuavía.

—Qué ha 'e estar! —exclamó el pardo asistente—; yo fí esta mañanita campiendo el petiso overo y lo vide; tuavía hay agua, pero ya se puede meniar facón.

—Güeno, entonces vas a dir vos con Juan, mañana temprano —continuó el patrón.

—Pa qué! —dijo el teniente Gutiérrez—; este indio viejo no corta dos “mazos” en tuito el día. Voy yo con Juan, más mejor.

—No hay comedido que salga bien, don Gutiérrez —contestó el pardo sentenciosamente.

—Vamos a ver.

—Güeno, —concluyó don Marcial—; los que vayan a dir que agarren caballo pa salir bien al aclarar.

Poco después los cuatro hombres ganaban la cocina para preparar el medio capón, asado al asador, lo que, sin pan y sin sal y con sólo un mate amargo por postre, constituía su cena.

Después, a dormir en la habitación común, sobre las camas hechas con los recados.

II

En la improvisada cocina, por cuyas paredes construídas con manojos de ramas de chalchal penetraba el frío sin obstáculos, ardían con dificultad las astillas de sauce y coronilla acumuladas sobre el trashoguero de guayabo. Mientras Juan, en cuclillas, con los ojos cerrados para evitar la acción del humo, soplabá el fuego con toda la fuerza de sus carrillos, el teniente Gutiérrez preparaba la calabaza para el amargo.

—Hermano, —dijo el primero—, andá vos a traer los caballos.

No le agradó al teniente la comisión, y replicó en seguida:

—No, andá vos que sos más muchacho.

—Amolá que te asiente! Siempre me jeringas con lo de más muchacho, pa quedarte en el rescoldo.

Te estás haciendo más mañero que petiso de pueblo!...

—Es que yo ya tengo los güesos duros; y después que la mañanita está linda.

—Pa debajo las cubijas! Siguro que los maniadores están como vidrio.

Al fin, desperezándose, el mozo salió en busca de los caballos.

Recién clareaba, el campo estaba lleno de escarcha y hacía un frío intensísimo. Juan recogió los maneadores que estaban mojados, blanditos, escurridizos y producían en las manos una impresión dolorosa; llevó los caballos a las casas,

los enfrenó y fuése a la cocina a saborear el amargo.

—Vamos, muchachos, vamos! —exclamó don Marcial entrando poco después—. El medio día los va a agarrar en la cocina.

—¿Y no churrasquiamos primero?

—Qué churrasquiar, amigo! Llévense un asao y allá lo comen; sino, nos van a encontrar las golondrinas con los ranchos pu'hacer.

Nada objetaron, y a poco, apurando el trote para ahuyentar el frío, iban, camino del bañado, los dos amigos, conversando de cosas viejas, evocando recuerdos comunes, cantando a veces y aspirando siempre el humo del pucho de cigarro negro.

Llegados a la vera del bañado, desmontaron, desensillaron y ataron a soga los caballos. En seguida se remangaron las bombachas hasta encima de las rodillas y, facón en mano, penetraron en aquel bosque de paja brava.

Juan tenía razón: había bastante agua aún y el terreno fangoso hacía difícil la marcha. A cada instante los mozos se hundían en el lodo, en ocasiones hasta la rodilla; lo que no era obstáculo para que trabajaran con ahinco y buen humor.

El sol, ese sol ardiente que subsigue a los temporales, cubrió de luz aquel mar de gigantes gramíneas, cuyas largas hojas de finos bordes cortantes, iban cayendo rápidamente al golpe de facón de los trabajadores. Poco a poco se fueron alejando uno de otro, porque en partes, los sarandíes extendían sus tallos tortuosos, imposibilitando el corte; en partes se alzaban totorales a cuyos pies crecían calagualas y culandrillos, y en partes blanqueaban las finas hojas dentadas de las espadañas.

Habían transcurrido un par de horas. Los dos mozos no se veían, pero seguían conversando

y cantando. El teniente había empezado por centésima vez una canción del tiempo del Sitio:

Si Pancho Lazala
no pone remedio,
trabajo nos manda
con todos sus negros!

—Hermanito! cuasi me rebano un dedo!

—Y yo, entonces, estoy tuito rajuñado!...
Pero que vamu'hacer si los trabajos se han hecho pa los hombres, y al fin y al cabo hasta los mismos pájaros tienen que agachar el lomo pa'hacer sus nidos.

...Ellos son borrachos,
ellos bochincheros,
y hasta los canarios
ya les tienen miedo...

—Hermano, qué bien vendría un trago'e caña pa refrescar el gañote, que lo tengo seco como la perdiz!...

Desde lejos, asomando la cabeza por encima de las pajas, Juan replicó con sorna:

—Si te gusta el licor de las ranas, vení pacá. Recienquito me sumí hasta las verijas y ya tengo los basos blandos de tanto chapaliar barro.

—¿Qué? —gritó el teniente, que no había oído; y como no obtuviera respuesta, continuó su canto:

Ellos roban patos,
gallinas y güevos;
guascas, maneadores,
lazos y sobeos.

Los dos amigos se fueron separando cada vez más, buscando en el estero sitio apropiado para cortar la paja.

El teniente, que no era hombre para estarse callado, llamó repetidas veces a Juan; pero como éste no contestara, siguió cantando:

...y hasta los canarios
ya les tienen miedo;
por eso los llaman
güeyes chacareros...

Se detuvo para encender el cigarro, cuya brasa había caído; mas no encontrando el avío, colocó el pucho atrás de la oreja y prosiguió:

Donde hay yeguas potros nacen,
donde hay agua hay apería,
las más lindas flores crecen
entre el barro y la humedá.

—Juepucha!... y ya me tajié un dedo. Bien haiga la paja más brava que cuchillo hallao!... Suerte perra la del gaucho pobre, como que pa sufrir dijo la partera: varón!... Hoy hambre, mañana frío, necesidades siempre, y...

Yo soy del pago del Sauce,
pago lleno de dolores,
regado con sangre e' blancos:
allí ya no nacen flores!...

No más de un cuarto de hora había transcurrido, cuando un grito de dolor agudo y prolongado le hizo levantar la cabeza.

Quedó un instante perplejo y luego llamó por repetidas veces:

—Juan! Juan!— sin que nadie contestara.

Entonces, dando brincos como toro montañés perseguido entre las pajas, corrió a toda prisa hacia el sitio donde suponía a su amigo, sin cesar de llamarlo, y más alarmado a cada instante que pasaba. Una zanja llena de agua y defendida por un sarandizal cuyas ramas formaban malla impenetrable, cortóle el paso, obligándole a dar un largo rodeo. Ansioso, anhelante, gritando siempre el nombre de su amigo, emprendió la difícil carrera, hundiéndose en el suelo fangoso y sin parar mientes en la paja que le azotaba el rostro, ni en las espadañas y

caraguatás que destrozaban sus piernas desruidas. Presintiendo una gran desgracia, seguro de que Juan había sido herido, quizá muerto, lo ahogaba el deseo de llegar; y su mano derecha oprimía el mango del facón, aprestándose a la venganza. Al fin vió el claro de la paja cortada, y de un salto estuvo en él. Rápidamente investigó el paraje, notando en seguida unas pequeñas manchas de sangre y el facón del mozo. Y él, ¿dónde estaba?... En la senda que conducía al campo vió otras gotas de sangre y se lanzó por allí, corriendo y gritando y observando a uno y otro lado, sin encontrar nada. La paja iba disminuyendo en altura a medida que se acercaba a la linde del bañado, y en cuanto su cabeza dominó el pajonal, se irguió y tendió la mirada escrutadora hacia el campo. Quedaba aún una buena lonja de bañado, y la loma que se alzaba inmediatamente después, estaba poblada de chilcas altas y gramíneas exuberantes. Titubeó un instante, dudó, escuchó, y no hallando ningún indicio, prosiguió la carrera por el trillo estrecho, duro en partes, fangoso a trechos, siempre irregular, tortuoso, de tránsito difícil.

Cuando llegó al arranque de la cuchilla se detuvo nuevamente para examinar el paraje, y creyó ver un bulto humano caído sobre la senda. Como ya el terreno era más firme y menos nutrida y lujuriosa la vegetación, corrió casi sin obstáculos y llegó pronto hasta el punto negro divisado sobre la loma.

No se había engañado: era Juan, cuyo cuerpo exánime reposaba sobre la yerba.

En un segundo se abalanzó sobre él, y se cercioró de que estaba vivo. Pero herido, ¿en dónde? Observólo con cuidado, lo movió, revisó el dorso y no sólo no halló la herida, sino que ni siquiera rastro alguno de sangre, lo cual le preocupó sobremanera. Recordó que sólo unas go-

tas rojas manchaban el playo, donde suponía perpetrado el crimen, y que otras pocas gotas coloreaban el sendero, y no se explicaba cómo podía su amigo encontrarse allí poco menos que muerto, sin haberse producido hemorragia. De pronto lanzó un grito furioso: el joven tenía el rostro amoratado, y en la pantorrilla desnuda, se veían dos pinchazos pequeños y dos coagulos que los cubrían.

Aquello bastó al teniente para formular su diagnóstico con entera seguridad:

—Víbora!— gritó consternado; y después de permanecer algunos minutos perplejo, irresuelto, dominado por la pena, se fue corriendo en busca del caballo más próximo.

Enfrenó a prisa; puso un cojinillo por todo arreo; alzó a Juan con gran trabajo, atravesándolo sobre las cruces del animal, y en seguida montó de un salto y salió, rumbo a la estancia, todo lo aprisa que las circunstancias se lo permitían.

III

En medio de la consternación consiguiente, Juan fue llevado al rancho y acostado en una cama arreglada de la mejor manera.

Don Marcial y los dos peones confirmaron el diagnóstico hecho por el teniente Gutiérrez: —Víbora!... no cabe duda,— había dicho el viejo, lagrimeando y recordando al hijo muerto. Era una víbora: de cascabel, de la cruz, quién sabe!; pero la ponzoña trabajaba enérgicamen-

te, curado de tal modo, en tal época, por tal persona. Al fin, agobiado por la pena que le causaba la desgracia de Juan, y la desilusión de su sabiduría médica, su espíritu se concentraba en el mate que oprimía entre sus dedos gruesos, nudosos, ásperos y oscuros, —de un oscuro de bronce viejo,— y de rato en rato, meneando la cabeza y escupiendo sobre las brasas, decía con angustia:

—Cómo a'e sé!... Tuito emo'e morí, a cabo!... Cómo a'e sé!...

Carmelo Sosa, el capitán Carmelo Sosa, no había abierto la boca para nada, ni había intentado hacer nada, porque él, en primer lugar, no sabía hacer sino aquello que le ordenara su jefe. No habiéndole dado orden alguna, él pitaba, escupía por el colmillo y hacía marcas en el suelo con el dedo: tres cosas para las cuales no pedía nunca permiso.

Gutiérrez, en cambio, estaba desesperado, siendo, como era, casi hermano del enfermo, y creyéndose culpable por no haber impedido la catástrofe. Le parecía que estando él allí, las cosas no hubieran debido pasar de aquel modo, y con la rabia con que lanceaba un enemigo en un "entrevero" peligroso, mesábase los cabellos, unos cabellos rubios y ensortijados que le bajaban hasta los hombros, y a cada instante exclamaba colérico:

—Malaya!... malaya!...

Don Marcial era el único que se conservaba sereno. Pasada la primera impresión, seguro del final doloroso e inevitable, había recobrado la sangre fría y la conformidad estoica de los varones fuertes, crecidos en la lucha, llegados a hombre con un rudo aprendizaje de trabajos y fatiga, y descendidos a la edad proecta sin abandonar el puesto de combate y sin ver disminuídas las contrariedades ni aumentada la dicha.

Sentado en un tronco de guayabo con la caldera entre las piernas y el mate en la mano, esperó tranquilamente que su ex asistente le trajera y le ensillara su caballo, según se lo había ordenado; y cuando le avisaron que ya estaba pronto, salió, recomendando al enfermo a sus dos oficiales, sin decir una palabra más ni demostrar apuro.

Dos horas después regresó, —sudoroso el caballo y empolvado el traje—, seguido de un pardo viejo y harapiento, de luenga cabellera crespa, rostro rugoso, ojos opacos, boca sin dientes y abundosa barba cana.

Era el tío Luis, curandero de fama, no tanto por sus vastos conocimientos de herborista, que le habían familiarizado con cuanta yerba y cuanto “yuyo” existe en tierra uruguaya, sino por su sabiduría y raro don para vencer. Cuando los medicamentos silvestres no daban resultado; cuando las infusiones y las cataplasmas no surtían efecto; cuando la ciencia de los doctores se reconocía impotente, entonces íbase en busca del pardo Luis, como se va en busca de la Providencia, de lo sobrenatural y del milagro. Perdida toda esperanza en los medios materiales, corriase aún en busca de la salvación no probable, pero posible, mediante la intervención del misterio, mediante la buena voluntad de un poseído que cura en nombre de Dios, por favor de Dios, como las aguas de Lourdes curan las dolencias de los fanáticos cristianos. No eran para contarse las maravillas que había hecho el viejo curandero mediante el poder de su oscura ciencia nigromántica. Más de una vez había llegado al lecho de un casi cadáver unido al mundo de los vivos por hilo casi impalpable, por llama casi invisible, y él había hecho del hilo una maroma y había soplado la llama convirtiéndola en resplandor de vida.

—¿Cómo?

—Misterio!...

Al acercarse al lecho donde reposaba Juan, no pudo contener una expresión de disgusto.

—Ya e un poco tarde, —dijo—; pero con e favó'e Dios hemos'e hacía ago.

El enfermo se agitaba en medio de atroces padecimientos. Un temblor nervioso lo sacudía sin cesar, y a las náuseas y los vómitos continuados se unían los repetidos calambres que amenazaban romper las fibras musculares de los miembros.

Sin embargo, el extraño médico no se desmoralizó. Con su mano negra y callosa oprimió la frente del mozo, le hizo varias cruces, en la boca, en la cabeza, en el pecho; y luego, pidiendo un vaso, salió de la covacha solicitando que le dejaran solo.

Llenó de agua el vaso, y sacando de la cintura su cuchillo, trazó en el suelo un sello de Salomón; después, con la punta de la hoja acorada, recogió una pequeña porción de tierra de cada sección de círculo, y las fue echando en el vaso. En seguida, con ademanes de sacerdote mago, misteriosos, solemnes, incomprensibles, levantó el vaso a la manera de un cáliz, murmurando una oración ininteligible. Miró el sol, dió dos o tres vueltas, se arrodilló, pronunció otra oración extraña, y santiguándose con el vaso, fuése a la cama del paciente. Una vez allí, hincó una rodilla en tierra, levantó con la mano izquierda la cabeza de Juan, y mientras con la derecha le hacía beber el líquido, pronunció cuatro palabras cabalísticas, cuatro vocablos oscuros e incomprensibles, que los asistentes no intentaron descifrar.

Luego arrojó al suelo el vaso vacío. En seguida comenzó a recoger los pedazos. Durante esta operación el rostro del viejo estaba ceñudo y sombrío; sus conjuntivas mostrábanse más rojas que de costumbre, las numerosas arrugas

de la frente se marcaron más hondas, y sus largos dedos nudosos palpaban el pavimento en busca de los fragmentos de vidrio. Cerciorado de que los tenía todos en la mano, se puso a contarlos uno por uno, con gran cuidado, demostrando que atribuía suma importancia a la exactitud de la cuenta. Don Marcial y sus tres amigos rodeaban al curandero, lo oprimían, lo observaban, lo interrogaban ansiosamente con las miradas afligidas que traducían con fidelidad la angustia de sus almas sencillas y afectuosas. Seguían con prolija atención todos los movimientos del sabio, pareciéndoles, —en la tribulación de sus penas—, que se les escapaba una esperanza al perder un detalle. El tío Luis no era fuerte en aritmética: contaba despacio y mal, equivocándose a menudo; lo cual mortificaba a los espectadores de la escena, y le irritaba a él mismo, que debía volver a comenzar a cada instante. Ora porque al ir a coger un trozo de vidrio se olvidaba de lo que llevaba contado, ora porque al pasarlos de una mano a otra se le escapaba más de uno, ello es que la cuenta se hacía interminable. Gutiérrez, que era quien más anheloso se mostraba, intentó varias veces llevar la suma, salvando los errores del viejo; pero éste se amoscaba, echándole la culpa de la equivocación; tornaba a empezar en medio del silencio que hacía triste, misterioso, cruel, en la pequeña pieza casi a oscuras, entre aquellas cuatro paredes negras de las cuales brotaba aun penetrante el olor a tierra fresca y se mezclaba al olor del chalchal verde y al hedor de las “bajeras” y “caronas” pasadas de sudor. Por fin concluyó el pardo la cuenta y sea por haber vencido la dificultad aritmética, sea porque le agradara el número obtenido, su rostro se iluminó, se despejó su frente, e irguiéndose cuanto se lo permitía el fardo de sus muchos años, exclamó gozoso: —“Onse!... To ta güeno, po qu'e

none"... Después se acercó otra vez al enfermo; púsole sobre el pecho las dos manos cerradas conteniendo los vidrios, y con el tono del niño que recita una fábula, pronunció en portugués chapurreando la extraña oración que, —arreglada—, damos en seguida: "—Juan Martínez, hijo mío, yo te bendigo en nombre de Dios, por orden de Dios y por el poder que me ha dado Dios; y con ese poder ordeno una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces, que el veneno de la víbora que te ha picado, salga de tu cuerpo, gota a gota, y deje limpia tu sangre y se hunda en la tierra negra, en la tierra fea, en la tierra fétida donde moran los animales malditos: los asquerosos reptiles, los sapos inmundos y los repugnantes escarabajos; y cuando estés curado por este grande favor de Dios Todopoderoso, no te olvides de dar una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces, las gracias al Dios grande y justo, remunerador de los buenos".

Cuando hubo concluído, y como nadie se atreviera a romper el silencio que reinaba en la pieza, sonriendo con orgullosa satisfacción, y guiñando ora uno, ora otro de sus ojillos turbios:

—E veleno era juete, —dijo—; 'e bíbora 'e la cruz bieja; pelo la vencelura ha sido güena tamién; nu'ay piligro!...

Luego, dirigiéndose al patrón:

—Vamo a ve esa cachacha, don Marcía.

.....
.....
.....
.....

ba dos vaquillonas con cuero. En medio del paisanaje alegre y decidor, el viejo curandero se paseaba como un sacerdote misterioso y solemne. Todos se afanaban por servirle, y, más especialmente que ninguno, Juan; quien, aunque pálido y demacrado, había recobrado el buen humor y el apetito y hablaba de volver pronto al bañado a continuar la interrumpida labor.

TALLER DE IMPRENTA
Escuela Nacional
de Bellas Artes

